

# TESTIMONIO DE LA MEMORIA

Esther López Barceló



La **Asociación Guerra, Exilio y Memoria Histórica del País Valenciano** (AGE-PV) se

constituye en el año 2003.

En AGE-PV entendemos que el propósito de la «Recuperación de la Memoria Histórica» es el de crear instrumentos adecuados para que la sociedad reconozca como suya la memoria de la obra política, social, científica, cultural y moral realizada por la II República Española, y continuada y mantenida por el exilio español a lo largo y ancho del mundo. Es necesario, hoy más que nunca, mantener vivos los ideales y recuperar las esperanzas de aquellas generaciones; hay que proyectar su ideología en la sociedad actual para poder ganar el futuro.

Más de treinta años después de la muerte del dictador es preciso hacer justicia con todos aquellos que lucharon contra el franquismo defendiendo la legitimidad de la Segunda República. Y cuando hablamos de justicia, estamos hablando de reconocimiento y reparación, en ningún caso de promover actitudes revanchistas, tal y como quieren hacer creer aquellos que promueven el olvido de toda aquella época.

Actualmente el principal trabajo que está realizando AGE-PV es la recuperación de la memoria del Campo de Concentración de Albufera. Para ello hemos creado y mantenemos la web <http://www.campoalbufera.org>. Organizamos junto a otras asociaciones en la Coordinadora de Asociaciones de Memoria Histórica de la provincia de Alicante (COAMHI) unas jornadas anuales en torno a dicho campo de concentración desde 2008.

[www.agepv.org](http://www.agepv.org)

**Esther López Barceló** (Alicante, 1983).

Licenciada en Historia, especializada en Arqueología e Historia Antigua. Participa en la primera exhumación de fosas comunes dentro de un cementerio, en Almansa en 2004. Co-fundadora de la Asociación de Guerra y Exilio del País Valenciano (AGE-PV) en 2003. Investigadora de la historia del franquismo y la resistencia antifranquista. Ha participado en diversos documentales sobre memoria histórica, como «La luz que no apagaron» y «Víctimas todavía».

# TESTIMONIO DE LA MEMORIA



TESTIMONIO DE LA  
MEMORIA

**Esther López Barceló**



*A las víctimas del franquismo, cuyo testimonio se perdió para siempre.*

A quienes dieron su voz a lo largo de este trabajo, cuya autoría moral les pertenece: Odette Martínez Maler, Esperanza Martínez, Ángela Losada, Julia Losada, Fernanda Cedrón, Antonio Ortiz, Francisca Martínez, Pilar Martínez, Dolores Cabra, Pilar Altamira y Teresa Más. A Francisco Martínez, «El Quico», por permitirme combatir con él desde hace diez años en su *guerrilla de la memoria*.

A Antonio Campos Serna, sin el que esta posibilidad nunca habría sido posible. Al resto de compañeros de AGE-PV, Ana, José Javier, Silvestre, Ginés, etc —y a los que nos dejaron, como Bayón y Julio A. Ramírez—, por creer en este proyecto y confiarme parte de su realización. Este trabajo es suyo también. A José Manuel Sanz Molinero por sus pertinentes correcciones a todo el texto, a cualquier hora y en cualquier lugar. A Jordi Escuer por darle el valor estético a este trabajo. A mis compañeros Fede y Roge. A Víctor, mi amigo, por creer siempre que este momento llegaría.

A mis padres, Gabriel y Adriana, por absolutamente todo, siempre. A Pilar, mi *yaya*, y Concha, mi abuela, porque sus vidas habrían sido otras de no ser por el franquismo. A Gabriel López Parra, mi *yayo*, porque fue mi primer testimonio y gracias a él me nació la conciencia.

Título: «Testimonio de la memoria»  
Edita: Asociación Guerra, Exilio y Memoria Histórica  
del País Valenciano (AGE-PV)  
Autora: Esther López Barceló

Diseño y Maquetación: Jordi Escuer (ACE)  
Imprime: Gráficas Pinares

# ÍNDICE

Prólogo .....	9
Introducción .....	19
Esperanza Martínez .....	31
Ángela Losada García .....	47
Julia Losada Corredera .....	59
Fernanda Cedrón .....	69
Pilar Martínez López .....	79
Odette Martínez Maler.....	85



## PRÓLOGO

# HISTORIA Y MEMORIA DE LA RESISTENCIA

La historia no es útil en sí, es un simple instrumento para comprender nuestro presente y a veces, pero sólo a veces, para elaborar ideas para un imprevisible mañana. Y decimos para un imprevisible mañana porque el mañana no sólo no existe ni puede existir hasta que sea, sino que será obra exclusiva de aquello que hayamos fabricado, creado, esculpido, hoy, y precisamente con esos materiales que nos brinda la historia, el supuesto pasado que también es una simple construcción intelectual, elaborada a medias por gusto y por necesidad.

Hay dos formas de entender nuestro pasado: la historia y la memoria. La historia se construye, la memoria se hereda.

Ambas han de construirse con papeles, documentos, testimonios, relatos, pero hay una diferencia profunda: Los materiales con los que se construye la historia vienen dados, pero en esa baraja hay siempre demasiados comodines, mientras que la memoria añade un material, un cemento, que une las partes de que está compuesta, que está vivo y se transmite vivo de generación en generación: es una voz queda, muchas veces apagada, silente incluso, pero aún en ese tono oscuro, viva.

Es una voz del pueblo, contada, recordada, hasta que un día llega quien la recoge y la publica, y ya es parte de la historia, tiene autor, tiene alguien concreto que da la cara por ella, no es ya sólo

la voz del pueblo, la voz reprimida, contada con miedo o con entusiasmo, ya no es mito, es historia.

Mientras era la voz queda del pueblo, era veraz aún cuando contase una historia increíble, algo veraz había en esa voz, ahora que ya es historia, tiene algo de teatral, un cierto artificio, sin duda historia sincera las más de las veces, pero al fin, siempre es voz de alguien concreto, que piensa algo concreto, que sabe por qué dice, por qué dice lo que dice, y demasiadas veces, por qué dice que dice lo que dice. Hay intención: esa es ya la historia.

Ese historiador es fabricante de historia, crea su cuadro, su epopeya. Cierta que utiliza papeles, documentos, relatos, que recoge historias de viva voz, incluso su propia historia personal, la de los suyos, la vivida por vecinos, amigos y enemigos, pero él es el hacedor.

La Historia, eso que llamamos la historia, recoge lo que esos historiadores dejan escrito y con el tiempo relegará al olvido lo que fue la voz viva de la memoria, voz del pueblo: una será voz, la otra leyenda.

Pero los cables se cruzan y pegan un fuerte chispazo cuando ese testigo de la voz del pueblo es a su vez quien ha hecho la historia, quien la hiló, le dio forma, luchó, y luego, pasados los años decidió contarla. También es su voz, tiene intención, relata una sola historia, pero sabe que hay muchos que son parte de ella y que no callarán si miente, si tergiversa. Aún así puede hacerlo, puede inventar, puede falsificar. Pero su voz valdrá poco, su voz será un simple útil para que los verdaderos historiadores, los fabricantes de historia, fabriquen su trama, su argumento.

*Verba volant, scripta manent*, las palabras se las lleva el viento, lo escrito, permanece. Al fin quedan los testimonios escritos, quedan las voces que ya no son voces porque están ya impresas, grabadas, queda aquello a lo que los lectores darán oídos, lo que se lee, lo que por estar escrito parece más cierto que lo oído, que lo contado, lo transmitido de viva voz en la oscura voz del pueblo.

Nada es más cierto porque esté escrito o porque este contado de viva voz, pero la voz del pueblo, cuando se escribe o se graba deja de ser su voz, son ya las voces de la historia.

Pero por fortuna la historia no es nunca verdadera ni falsa, es un simple instrumento de poder, es sólo una impronta a marcar en cada nueva generación.

Así la historia se escribe desde el poder y ha de luchar tenazmente para imponerse sobre la voz del pueblo, sobre la leyenda, la memoria viva que corre de boca en boca, que se escribe en las paredes, en panfletos, en libros también, aunque sean casi siempre mucho más pobres que los de la historia oficial *verdadera*.

Porque desde abajo surge siempre el temible enemigo de la historia triunfante: la memoria viva del pueblo.

Se juntaron el miedo heredado y el ansia de libertades. Durante cuarenta años nunca habían faltado quienes se levantarán contra la dictadura y aunque cayeran, otros se volvían a levantar, y otros, y otros, y al final eran miles, cientos de miles, mineros, metalúrgicos, albañiles, campesinos, pero también maestros, abogados, científicos, artistas, médicos, ingenieros, era la sociedad entera la que estaba reclamando libertades, era un clamor y era un resurgir imparable.

La memoria de todo ese sentir popular venía de aquella República nunca olvidada, de su libertad, su cultura, su sentir ciudadano, su sentido profundamente social, y en consecuencia arrastraba consigo los cientos de miles de muertos, asesinados en las cunetas, los cientos de miles de presos hacinados en cárceles y campos de trabajo, los exiliados, los depurados, los olvidados, los resistentes guerrilleros. Era una inmensa memoria colectiva que hacía suyo un pasado de lucha infatigable, continuo, inextinguible, y que al acabar la dictadura llevaba triunfantes a unos dirigentes que se ofrecían entusiastas a organizar la democracia.

Pero esos dirigentes no tenían esa memoria, esos dirigentes habían nacido bajo el fascismo, habían ido a colegios férreamente

organizados por la Iglesia, habían obedecido a curas, falangistas y maestros fascistas que les habían imbuido de elevados principios con mano firme, habían hecho miles de ejercicios espirituales, miles de misas de campaña en los campamentos del Frente de Juventudes fascista, miles de caralsoles, miles de corazones de jesus-es y emotivas salves cantadas en sublime coro infantil. Su memoria se conformaba con el silencio de sus padres, hundidos en el pánico de la represión, y la exaltación de la Nuevaespañatriunfante.

Por desgracia esos eran quienes se disponían a organizar el nuevo régimen democrático, tanto si eran franquistas reconvertidos, ayer ministros firmantes de brutales penas de muerte, como socialistas, liberales, o hasta comunistas y sindicalistas que sabían otear adecuadamente un excepcional horizonte de oportunidades personales.

No dejaron ni un resquicio para la profunda memoria, era condición *sine qua non* para pactar una supuesta transición pacífica hacia las libertades. Era un precio razonable. Dejar fuera de la negociación a exiliados, presos, muertos del pasado, y sobre todo a los más firmes resistentes, los guerrilleros antifranquistas, que supieron mantener en alto la resistencia cuando todo estaba ya perdido y el terror inundaba este malhadado país.

Fue un pacto razonable, equilibrado, prudente, un precio justo, ni lo de unos ni lo de los otros, mitad y mitad, no podía decirse que no. Recordando a Don Corleone era una oferta a la que no se podrían negar los antiguos vencidos, hoy presuntos vencedores.

Pero algo resultaba disonante: la transición duraba mucho y nos costó casi cuatrocientos muertos a tiros, en los cuartelillos, o por simple desaparición cubiertos con cal viva. Y la amnistía amnistiaba a los torturadores y verdugos, y sólo subsidiariamente a los resistentes, y los gobiernos los conformaban viejos jerarcas del Régimen prudentemente reciclados, y de las cárceles se salía con cuentagotas, y los exiliados regresaban en silencio y por la puerta de atrás. Claro

que con las adecuadas excepciones, tal poeta, tal científico, tal alto dirigente de la oposición, poco más, lo demás era silencio.

Poco a poco se iban dando retazos de justicia a sectores muy determinados de las víctimas del franquismo: reconocer a los militares con graduación del ejército de la República, pero claro, como ancianos reservistas, dar unas prudentes compensaciones económicas a cambio de años y años de cárceles, devolver la carrera a algunos profesionales represaliados, darles una casa económica a niños de la guerra retornados, poco más, y siempre a cambio de que no se hiciera demasiado ruido, de que no conllevase memoria de la Dictadura sino simple corrección de lamentables errores.

Siglo XX de extrema violencia: cientos de millones de muertos en los campos de batalla, en los campos de exterminio, en las cárceles y las salas de tortura. Dictaduras salvajes, exaltación militarista, patriótica, xenófoba, burdos discursos patriotereros, fanatismo infantil, el triunfo del crimen como mecanismo del Estado. Ese fue nuestro siglo XX. No era posible que eso durase siempre como hubieran querido los grandes teóricos del fascismo, como había descrito con el terror en las venas Orwell en su 1984. Era preciso poner fin a ese mundo siniestro.

Ahora ya se va olvidando: pero en Europa durante cuarenta años se vivió bajo el terror de la catástrofe nuclear, miles de bombas atómicas se apuntaban de uno a otro lado en las fronteras de la guerra fría. El famoso botón rojo podía ser apretado por un criminal constituido en jefe de Estado en cualquier momento y todo se habría acabado.

Ahora se va olvidando ese mundo de terror, heredado directamente de los años de guerra, de las dictaduras, del exterminio. Poco a poco el mundo iba cambiando: de los resistentes clandestinos se pasaba a los hippies, de las barricadas a las oeneges, de los guerrilleros al icono del Che en camisetas y pósters. El ecologismo salvador era el nuevo objetivo, la revolución feminista era la nueva ban-

dera. Todo era bueno, y lo era ciertamente, pero además de que así fuera, parecía que todos éramos buenos, salvo unos pocos dictadores que cualquier día caerían también.

Un manto de tibieza recubría la violencia, un manto de olvido recubría la memoria de generaciones de luchadores por las libertades, por la libertad.

Y eso era un buen argumento para no discutir ciertas cosas en España, en la España que un día fue republicana y revolucionaria, culta y social, y que ahora era monárquica, conservadora, inculta y profundamente injusta, pero, eso sí, democrática.

Han pasado los años, la inmensa mayoría de nuestros hombres y mujeres de la veterana resistencia falta ya de nuestro lado, han bajado en silencio a la tierra que un día defendieron con rabia y con las armas o la palabra, con el mitin en la fábrica, o con la imprenta clandestina. Han bajado y a la inmensa mayoría les ha acogido agradecida, pero sobre ella sigue el silencio, el aterrador silencio creado por medio siglo de dictadura feroz y treinta años de miserable olvido pactado.

Es hora ya de echar cuentas, de hacer balance. Sin miedo, sin rencor, pero sin que nada se nos olvide. Cada uno debe hacer sus cuentas, hay que escribir y recoger nuestra reciente historia. Es nuestra, o no seremos nada.

Uno a uno, dejemos las cuentas saldadas, dejemos la memoria recogida, pero la nuestra, no la historia fabricada en las universidades del orden establecido. ¿Es que ya no quedan rebeldes? Nadie se engañe, una vez más ante el miedo y el silencio se oye día a día levantarse a unos y otros resistentes, rebeldes, revolucionarios, contra policías, represores, poderes establecidos, banqueros, criminales, vividores de la política oficial, sindicalistas a sueldo, terroristas de Estado. Se oye otra vez, siempre esa voz agria, dura que sale de lo profundo del pueblo y exige justicia, exige libertad, exige, necesaria, imprescindible memoria, para poder seguir luchando, para ser

nosotros mismos. Esa es la historia de este libro, de estas mujeres de la resistencia, la que protagonizaron y la que han heredado y que ahora nos transmiten con su voz.

En 1828, un anciano resistente que había sido uno de los luchadores del grupo más radical socialmente de la Revolución Francesa, escribió un folleto recordando cómo habían luchado y cómo habían sido físicamente eliminados aquellos revolucionarios que además de las libertades pedían justicia social. Se llamaba Filippo Buonarroti, y era el único superviviente cuarenta años después, del grupo de los hebertistas, los comunistas de aquel 1789 revolucionario, el libro se llamaba *The rebellion of the same*, (La rebelión de los Iguales). Todos habían olvidado ya aquel tiempo pasado, ahora triunfaba el romanticismo, también revolucionario, pero incapaz de reencontrar sus raíces, además había dinero, había una nueva justicia, un orden liberal, el mundo había cambiado. Aquello era una cosa de antaño y su memoria se diluía suavemente. La imagen la daba Charles Dickens en su *Historia de dos ciudades*, un gran libro, una inmensa obra de arte literaria, donde aquellos tiempos de antaño se convertían en una lucha de ideales entre dos partes en las que, en ambas, convivían criminales y gentes generosas y honradas. Nada más cierto, pero lo importante era la imagen, la nueva imagen del mundo que había sabido dejar atrás sin rencor un pasado de violencia descomunal. Lástima del folleto de Buonarroti, ya nadie lo recuerda, pero en su momento inflamó a los jóvenes románticos que reencontraban en ese simple librito su verdadera memoria. Carbonarios, radicales, cuarenta años después de aquellos sucesos reencontraban la sabía en aquellos recuerdos que conllevaban una dura acusación a los triunfantes del olvido. Aquel anciano rebelde, revolucionario, hizo más gran labor que miles de teorías y discursos, con él renacía el socialismo, la rebeldía.

Ahora, ya lo decimos, aquella vieja historia se ha olvidado y casi nadie sabe quien fue Buonarroti, pero hay siempre rebeldes que

acusan , que no aceptan el olvido, que quieren que su memoria no sea sólo suya, que se la recoja en la memoria verdadera de todos. Contra el olvido, contra la historia siempre demasiado oficial, siempre demasiado puntillosa, demasiado filtrada, demasiado fabricada por el poder, desde el poder, con el poder y al servicio del poder.

La Asociación Guerra y Exilio del País Valenciano, AGEPV, nació en 2004, impulsada por Francisco Martínez «Quico», el guerrillero incombustible de León Galicia, afincado en El Campello, Julián Antonio Ramírez, el veterano resistente contra los nazis en Francia, un grupo de luchadores entre los que se encontraban Silvestre y Bayón; y, entre ellos, la joven Esther López, autora del presente trabajo. Otros jóvenes se incorporaron pronto, como no hacerlo, era un lujo compartir tareas y actividades, asimilar experiencias y emprender iniciativas junto a esa generación irreplicable por su generosidad, sabiduría y altruismo. Tuve el honor de participar junto a los miembros de la asociación en algunas de sus asambleas anuales, siempre con socios y colaboradores tan participativos y emprendedores. Hoy AGEPV es un referente y no sólo en la Comunidad Valenciana y a ella pertenece la autora de las entrevistas y de la edición que las complementa.

Este apasionante libro que tienes en las manos ha supuesto un enorme pero gratificante esfuerzo a su autora Esther López Barceló, ella misma receptora de estas memorias, joven historiadora y activista que trabaja sobre el terreno. A través de la idea con la que ha sido concebido, Esther ha trabajado intensamente y con un cuidado exquisito para que las sensibilidades de las entrevistadas no pierdan ni un ápice del valor que representan a través de su testimonio. Las entrevistadas son de lujo:

Esperanza Martínez, guerrillera de la AGLA junto a sus hermanas Amada y Angelina, su padre y su cuñado asesinados, en fin testimonio directo en el que a través de su voz se reconoce la de toda

una familia represaliada por la dictadura, ella misma con dos consejos de guerra y quince años de cárcel a sus espaldas, y que nos ha dejado ya su testimonio escrito en el libro *Guerrilleras, la ilusión de una esperanza*.

Ángela Losada enlace de la guerrilla e hija de la guerrillera Alpidia García Moral, asesinada en 1949, es un testimonio directo de como la tragedia, represión y cárcel se introdujeron en su vida siendo una pequeña criatura y ya en la cárcel en 1942. Ella ha sido capaz de depositar este legado de resistencia y de memoria en su sobrina Julia, hija de su hermano Diego y nieta de José Losada, asesinado en los comienzos de la guerra civil.

Maria Digna Fernanda Cedrón, la nieta de Luís Trigo *el guarda Ríos*, asesinado en 1948, receptora de memoria, es otro ejemplo del compromiso y la conciencia de nuestros mayores quienes en situaciones límites fueron capaces de ir resquebrajando el muro de silencio para que sus descendientes recogieran el testigo de la historia, ella recuerda como oyó siempre en su casa la palabra fascismo, y nunca franquismo.

Pilar Martínez, hermana de *Quico*, el guerrillero compañero de Girón, es la voz que representa otra tragedia de aquellos duros años, ella es testimonio directo del sufrimiento y el compromiso de toda una familia afectada por la dura represión ejercida sobre los guerrilleros y su entorno. Ella junto a su sobrina, la hija de Quico, Odette Martínez, cuyo testimonio narra no sólo lo que ha sido un legado directo por parte de sus padres sino toda una labor de rescate de memoria oral realizada por ella misma en este tema. Sus entrevistas y documentales desde hace años son ya patrimonio de todos, son voces que ya no se perderán.

En este libro se encuentra además de la mirada de Esther López, la voz transcrita de las entrevistadas, como un complemento al soporte de la historia oral, por ello no puedo dejar de mencionar aquí, como colofón de este texto, las palabras de la escritora Antonina Rodrigo, nuestra compañera de AGE, pionera en el terreno de la memoria viva, en su libro *Mujer y Exilio 1939*:

*(...) En los treinta y dos meses de guerra civil, las actividades de las mujeres se diversificaron e intensificaron. La mujer asumió la dirección de fábricas, de granjas, de cooperativas de consumo oficial de armamento. Se asomó a las trincheras como miliciana, en los primeros tiempos; fue instructora en un arma tan novísima como la aviación; participó en la defensa pasiva; dirigió y trabajó en Centros de Recuperación para heridos de guerra, escuelas, colonias para niños refugiados, comedores populares, y se adiestró como conductora en toda clase de vehículos, incluidos los transportes públicos. La mujer estará en todas partes, sin olvidar los trabajos del campo, cuyas cosechas tenían en aquellas circunstancias un valor inestimable. (...)*

Y, muy especialmente, cuando habla de las guerrilleras, enlaces y puntos de apoyo, en el capítulo dedicado a Manuela Díaz Cabezas, la guerrillera de Villanueva de Córdoba:

*(...) La memoria más desconocida de nuestra reciente historia es la de la mujer guerrillera, durante la guerra y también en la larga posguerra. Mujeres que siguieron a los hombres de la familia a la sierra, tras haber sido sus enlaces, protectoras, colaboradoras. Estas mujeres que se «echaron al monte», para huir de la persecución, de la represalia, acosadas como alimañas, se vieron obligadas a vivir en campamentos volantes, en parajes recónditos de intrincados itinerarios, asediadas por la Guardia Civil y los escopeteros de los caciques, expuestas a la delación por campesinos o pastores que traicionaban a sus hermanos de clase bajo el imperio del terror (...)*

**Dolores Cabra**

*Secretaria General de AGE*

## INTRODUCCIÓN

### LA VERDAD DE LA MEMORIA

*«Olvidadizo, a su manera, sería el historiador que pretendiese desvelar la verdad y el sentido de estos recuerdos antes incluso de que éstos se hayan dado a conocer. Pero jamás la verdad de la historia llegará a absorber la verdad de la memoria».*

Henri Maler<sup>11</sup>

*«De no hacer más, enterrando a los muertos se enterrará también nuestra historia democrática»*

Vicenç Navarro<sup>12</sup>

En «Testimonio de la memoria» se exponen seis testimonios de memorias, seis historias de vida con nombre de mujer. Esperanza Martínez, Ángela Losada y Pilar Martínez narran una memoria propia como protagonistas de la resistencia antifranquista; Fernanda Cedrón, Julia Losada y Odette Martínez, sin embargo, nos relatan cómo les ha sido transmitida una memoria que, en principio, les había sido ocultada o sesgada, debiendo ser reconstruida por ellas mismas, como legítimas herederas de ese pasado presente.

Así, este texto es el resultado de la realización de más de diez entrevistas orales que tuvieron lugar en diferentes puntos de la geografía lo largo del año 2010. Desde El Bierzo (León) pasando por

Zaragoza, Alicante, Madrid, Valencia, Ourense y Santiago de Compostela hasta llegar a París, núcleo de las voces de la memoria del exilio. Para la elaboración de este trabajo contamos con la imprescindible guía de un *enlace*: Francisco Martínez López, «El Quico», guerrillero antifranquista. Gracias a su empeño y compromiso debemos la idea de este proyecto de recolección de voces de mujer, cuya vida y orígenes se encuentran indisolublemente unidas a una realidad que ha sido, como tantas otras partes de la historia de las mujeres y las sociedades, conscientemente excluida de la Historia con mayúsculas: la de la resistencia antifranquista.

El hilo conductor de estos seis testimonios nos conduce a diferentes espacios comunes: el de la guerrilla antifranquista en la España de los años 40 y la represión, el del universo carcelario de la dictadura, el del silencio obligado, el del miedo, el de la desarticulación de la transmisión de la Historia, el del reencuentro, el de la dignificación de una identidad íntima y política, el del relato colectivo a partir del relato personal.

En la España del siglo XXI, sigue siendo una tarea laberíntica la de desentrañar los mecanismos de transmisión de lo que se ha dado en llamar la memoria histórica. Si la historia de los vencidos es siempre difícil de desenterrar bajo la gruesa capa del discurso oficial de la dictadura, afianzada por la fuerza de las armas y la represión; a nuestro problema particular se le suma la existencia, más que la de una *mémoire courte*<sup>1</sup>, la de una memoria invisible.

Por ello, el principal objetivo de este trabajo es el de visibilizar la historia de la resistencia antifranquista a través de las voces de seis mujeres representativas de los diferentes sujetos históricos que conforman este proceso de reparación pública. Todas ellas han sido víctimas de distintos mecanismos de silencio, tanto sociales como íntimos, de los que han conseguido liberarse para abrir paso a su palabra y a la de los demás, la de los que ya no pueden hablar o la de las que aún no lo han hecho.

En palabras de Josep Ramoneda<sup>2</sup>: «el propio éxito de la transición hizo que la suspensión de memoria evolucionara pronto hacia la amnesia total». «Testimonio de la memoria» pretende ser un paso más en el largo camino del despertar público, político y social al que alude Ramoneda.

## **La historia oral como documento histórico**

*Historia oral* es un término acuñado en los años cuarenta por Allan Nevis que permite, en esencia, poner en valor el papel de las masas silenciosas en el pensamiento político y en la Historia. Ningún documento escrito permite la expresión total y a veces insoportable de un traumatismo<sup>3</sup>. Por ello, el documento histórico y humano que emerge de la entrevista oral es un elemento fundamental en el trabajo de visibilización de la *memoria*, que a la vez, es individual y colectiva; y constituye el eje invisible del acontecimiento histórico<sup>4</sup>.

La especificidad del momento histórico que nos acontece y de aquel que intentamos evocar a través de los diferentes testimonios, ponen de manifiesto la necesidad del documento oral. Porque la historia de la resistencia antifranquista es una historia del miedo, de lo secreto que la clandestinidad obliga, de una vida cotidiana difícilmente imaginable. Es una historia no revelada ni escrita, que necesita de la palabra y la voz directa para ser evocada, plasmada y recuperada. ¿Cómo leer un documento oficial que encierra en sí mismo la paradoja de ser un documento que falsifica la realidad? ¿Cómo acercarse a la realidad general, sin un verdadero acercamiento y diálogo hacia las realidades más particulares: las humanas? En palabras de Odette Martínez: «el valor esencial de estos testimonios es entregarnos la mirada de los vencidos enfocada desde abajo, es hacernos oír una palabra que había sido (...) enterrada (...) por los discursos oficiales».

Por ello, en consonancia con nuestro propósito fundamental -el de AGE-PV- de dotar de nuevas fuentes de información a la investigación histórica, los testimonios aquí divulgados, más el resto de testimonios recopilados que conforman este proyecto, serán depositados en el Arxiu Nacional de Catalunya, junto al resto de documentación aportada por la asociación Archivo de Guerra y Exilio.

## **Sobre la guerrilla antifranquista en su contexto histórico**

La lucha guerrillera antifranquista supuso la última batalla armada en defensa de la República democrática española. Fue el último esfuerzo de la política de resistencia a ultranza propugnada por el Partido Comunista de España (PCE).

El peso del silencio se observa en el hecho de que fuera un alemán, Hartmut Heine, quien comenzase a investigar sobre este tema a principios de los años 80. La guerrilla española aparecía como un fenómeno histórico de una profunda complejidad cuya comprensión requería y requiere de la utilización de diversas herramientas metodológicas que van de la historia comparada a la historia oral<sup>5</sup>.

La realidad de la guerrilla española depende en extremo de las especificidades locales y de la cronología de su origen, sea éste en el transcurso de la guerra civil o en una coyuntura de posguerra. Así, por ejemplo, no es lo mismo hablar de la jerarquizada guerrilla del AGLA (Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón) —a la que perteneció Esperanza Martínez— nutrida en parte por enviados del PCE desde el exilio francés; que hablar de la Federación de Guerrillas de León-Galicia —a la que perteneció, entre otros, Francisco Martínez López—, que se caracterizaba por la pluralidad política, conformándose por guerrilleros anarquistas, socialistas, comunistas y sin una afiliación política definida. Galicia y León cayeron inmediatamente en poder de los sublevados y sus partidas se com-

pusieron de grupos de huidos coordinados con militantes del Frente de Asturias, cuando éste cayó, a su vez, en manos de los sublevados.

El AGLA, sin embargo, comenzaría su actividad organizada a partir de 1944, cuando guerrilleros procedentes de la lucha en el *maquisard* francés alimentaron la Agrupación. Por lo que se trata en parte de una «guerrilla importada» y, en principio, genuinamente comunista, si bien es cierto que posteriormente se incorporaron numerosos individuos naturales de la zona. Así pues, 1946 es la fecha oficial de la creación de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón.

En suma, la sociedad española seguía siendo, después de 1939, una sociedad en guerra, profundamente fracturada y en la que el conflicto civil no se había resuelto en modo alguno. La guerrilla es, a la vez, una continuación y una reproducción de la contienda. Asimismo, la desintegración de la guerrilla no marcará la resolución del conflicto, sino la derrota de la estrategia de lucha armada, que será sustituida por un nuevo ciclo, caracterizado por la contestación obrera, que se abrirá con las huelgas de marzo de 1951 y que, con períodos de mayor o menos intensidad, acompañará a la andadura del régimen hasta su definitiva desaparición.

Hemos de insistir en que la guerrilla antifranquista ni fue un anecdotario ni fue un fenómeno pintoresco: fue la tragedia de los últimos luchadores antifranquistas, en el contexto de la lucha antifascista europea<sup>6</sup>.

## **La mujer y el universo de la resistencia antifranquista**

Las mujeres antifranquistas han padecido durante muchos años no sólo el silencio de la represión, que comparten con sus compañeros, sino el olvido de gran parte de la historiografía oficial. Una historia, como bien argumenta Mercedes Yusta, centrada en los acon-

tecimientos políticos y en las acciones de los poderosos había hecho invisible, ahistórica, la experiencia vivida de las mujeres y de otros colectivos considerados como «marginales». Un nuevo tipo de historia, escrita desde «abajo», intenta recuperar como objeto de estudio la experiencia histórica de estos colectivos. Una historia para la que es fundamental el testimonio de las personas.

La colaboración de las mujeres con la guerrilla trastoca la percepción tradicional tanto de lo que es una actividad de carácter político como del supuesto apoliticismo de las mujeres del medio rural en la década de los cuarenta. Mujeres activas, mujeres comprometidas, mujeres guerrilleras, son protagonistas históricos que quiebran demasiadas concepciones y párrafos de los libros de historia y de la doctrina del régimen.

El franquismo no puede concebir el compromiso político femenino, en especial si es un compromiso contrario a la ideología oficial, ya que supone la transgresión total del modelo de feminidad construido desde el nacional-catolicismo: la mujer sumisa, reina del hogar, la de la «pata quebrada», obediente en todo a las convenciones sociales del patriarcado. La militante política constituye así, en el marco de la lógica franquista, la imagen de una mujer degenerada, una prostituta, cuya presencia en el monte sólo se justifica considerándola como la «barragana» de los guerrilleros<sup>7</sup>.

Asimismo, a pesar de los cambios introducidos por el auge de los estudios de género aún es común, al hablar de resistencia anti-franquista, que la actuación en ella por parte de la mujer se minimice mediante la reducción de su papel a la categoría de «secundario», «auxiliar» o «de apoyo», con el riesgo de infravaloración que esos términos conllevan<sup>8</sup>. No es sólo, por tanto, el franquismo y parte de su historiografía quien se niega a reconocerlas como protagonistas. También, en demasiadas ocasiones, la reconstrucción de la memoria, de nuestra memoria compartida, ha establecido inexplicables jerarquías de género. Esperamos que a partir del relato per-

sonal de lo que la condición de *enlace* y *guerrillera* suponía en realidad, hayamos contribuido a situar la función e importancia de tales acciones cargadas de sacrificio personal y político, en el lugar histórico que le corresponde, continuando por un camino historiográfico que ya no puede ni debe recorrerse hacia atrás.

## **Sobre la legislación en materia de memoria histórica**

La democracia mantiene desde la época de la transición una deuda pendiente en materia de reparación y dignificación de las víctimas de la guerra civil y la represión franquista. Las consecutivas leyes aprobadas han ido reconociendo paulatinamente a militares republicanos, presos políticos, familiares de desaparecidos enterrados en cunetas; pero nunca ha honrado la memoria de los últimos combatientes de la democracia, miembros de la guerrilla antifranquista que inundaban los montes del territorio español con la intención de armar al pueblo y conseguir restaurar la lógica de la *razón democrática*.

La ley de la memoria histórica aprobada en 2009 ni siquiera contempla la condena jurídica de la Dictadura, ni reconoce jurídicamente a las víctimas del franquismo. Esta ley declara las sentencias realizadas durante la legalidad franquista como radicalmente injustas y considera su ilegitimidad por vicios de fondo y forma, con lo que no declara su ilegalidad si no que trata de hacer un juego semántico con los términos. Lo único que ésta reconoce, es la condena moral de dichas sentencias, un pronunciamiento que, por tanto, no ampara reivindicación de ningún tipo, ni penal, ni administrativo.

Mientras no exista una condena jurídica de los tribunales y sentencias represivas franquistas, los tribunales continuarán siendo legales (aunque se les consideren ilegítimos) y sus sentencias, seguirán teniendo plena legalidad.

El colectivo guerrillero ha solicitado a todos los gobiernos democráticos su reconocimiento jurídico y la anulación de todos los procesos por los que fueron condenados, detenidos o asesinados cientos de combatientes durante la dictadura. No aceptan un mero reconocimiento moral<sup>9</sup> sin consecuencias políticas, sociales y jurídicas. Reivindican que su historia forme parte de la historia de la democracia por plenos derechos, tal y como sucede con el resto de compañeros de la resistencia antifascista de otros países de Europa.

Desde AGE-PV exigimos una ley justa de alcance general que conlleve el reconocimiento jurídico de las víctimas del franquismo, incluyendo al colectivo guerrillero, y que sea acorde a los principios y normas del derecho internacional sobre derechos humanos<sup>10</sup>.

**Esther López Barceló**

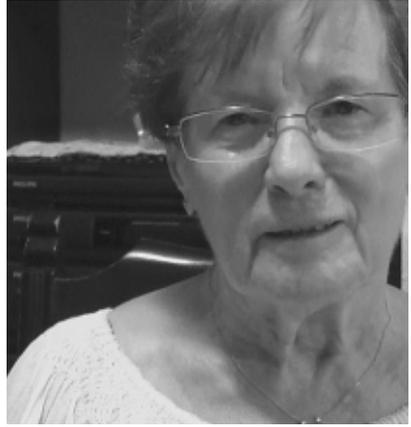
## Notas

---

1. «Corta memoria» (en francés): término acuñado por Jean Cassou para referirse a la amnistía concedida en Francia a los colaboracionistas nazis y al olvido de los resistentes. Citado en YUSTA, Mercedes (2004): «*Maquis: la resistencia armada al régimen de Franco*» en CHAPUT, M, MARTÍNEZ, O y RODRÍGUEZ, F: *Maquis y guerrillas antifranquistas*, Université de Paris X- Nanterre, p. 21
2. EL PAÍS, 17 de noviembre de 1997.
3. ROMEU ALFARO, R (1990): *Fuentes orales para la historia del movimiento guerrillero* en ÁLVAREZ, S; HINOJOSA, J. y SANDOVAL, J «El movimiento guerrillero de los años 40». Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, pp. 29-36
4. *Ibidem*.
5. YUSTA, Mercedes (2004): «*Maquis: la resistencia armada al régimen de Franco*» en CHAPUT, M, MARTÍNEZ, O y RODRÍGUEZ, F: *Maquis y guerrillas antifranquistas*, Université de Paris X- Nanterre, p.23.
6. MORENO GÓMEZ, F (2010) en el *Prólogo* a MARTÍNEZ, Esperanza: «*Guerrilleras, la ilusión de una esperanza*», AGE, Madrid, p.15. *Francisco Moreno Gómez*.
7. YUSTA, Mercedes (2010): «*Mujeres contra el franquismo, la resistencia silenciosa*» en MARTÍNEZ, Esperanza: «*Guerrilleras, la ilusión de una esperanza*». AGE, Madrid. p.25
8. CABRERO BLANCO, Claudia (2009) «*Militancia, resistencia y solidaridad. Mujeres comunistas y la lucha clandestina del primer franquismo*» en BUENO LLUCH, M y GÁLVEZ, S.: «*Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*. FIM / Atrapasueños, Sevilla, p.205
9. El 16 de mayo de 2001, el Congreso de los Diputados, aprobó -sin unanimidad- la rehabilitación moral y política de los combatientes de la guerrilla, sin designárseles «soldados de la República» con el reconocimiento moral y jurídico que les conferiría dicho estatuto, por ejemplo, derecho a cobrar una pensión. Así pues, en los archivos judiciales y policiales siguen siendo considerados «bandoleros» y «terroristas».
10. La persecución de los crímenes franquistas, a la luz de la legislación de la ONU en materia de persecución de los crímenes de lesa humanidad (contemplados en los artículos 607 y 607 bis del código penal), es retroactiva e imprescriptible.
11. MALER, Henri (2002) «*Memoria de España, memoria de Europa*» en MARTÍNEZ LÓPEZ, Francisco «*Guerrillero contra Franco*». Breviarios de la calle del Pez, León, p.22.
12. NAVARRO, Vicenç (enero 2011): «*Enterrar a los muertos, desenterrar la memoria*». El Viejo Topo n°276, p.15.



ESPERANZA  
MARTINEZ



*«Aquellas mujeres irredentas que  
quisieron ser historiadoras de sí  
mismas».*

Ricard Vinyes'



«Es un placer compartir contigo relatos de una vida de represión y muerte. ¡¡Por una ley de justicia y reparación del colectivo guerrillero!! ¡¡No a toda impunidad!!». Comenzamos con la dedicatoria que Esperanza —«Sole» o «Conchita»— nos regaló en su libro autobiográfico: «Guerrilleras, la ilusión de una esperanza». Ambos hechos —tanto la frase dedicada como la plasmación editorial de su propia historia— definen el compromiso político y vital de esta mujer que ha pasado de ser enlace, guerrillera y presa política a activista de la memoria.

La voz de Esperanza ya se encuentra visible a través de su propia pluma, desde que se decidiera a *ser historiadora de sí misma* en 2010, impulsada por la asociación en la que participa: Archivo de Guerra y Exilio (AGE). Es este un rasgo que pone de manifiesto, una vez más, la necesidad de un espacio público de expresión y reivindicación de este colectivo que ha de recurrir a la *memoria autoeditada*<sup>2</sup> para garantizar la existencia del recuerdo, la visibilidad de su voz.

La entrevista a Esperanza transcurre en su casa en Zaragoza, en la que nos recibe con cariño y con modestia, gracias como siempre, a que la red de solidaridad y apoyo guerrilleras y del Partido —PCE— siguen vigentes para este colectivo combatiente; ya que el que «Quico», guerrillero antifranquista y militante del PCE, sea el nexo de encuentro facilita la apertura, naturalidad y tranquilidad tanto de Esperanza, como del resto de testimonios. Es el recuerdo de la costumbre clandestina de asegurar el intermediario — junto a

las malas experiencias que muchas de estas personas han sufrido al tratar con *traficantes de la memoria* que han manipulado y utilizado su palabra y sacrificio en beneficio propio— el que explica esta actitud<sup>3</sup>.

El relato de Esperanza comienza con una descripción de la realidad del medio rural que, prácticamente, mantenía las convenciones y desventajas propias del campo desde los tiempos del Antiguo Régimen. Se crió en la aldea de Atalaya de Villar del Saz de Arcas (Cuenca), en la finca de un terrateniente, cuyas tierras trabajaba toda la familia<sup>4</sup>. El trabajo y la muerte inundaban los días de su infancia, sufriendo la muerte de su madre Matilde durante un parto cuando esta sólo contaba con 38 años.

Su vida se desarrolla pues, en el medio rural, donde el núcleo familiar se convierte en un mecanismo de transmisión de la herencia republicana de primer orden<sup>5</sup>. Así, el compromiso político de su padre forma parte de su recuerdo más temprano: «Mi padre quería irse a la guerra pero mi madre no permitió que nos dejara (...). Me crié en un ambiente de izquierdas, republicano... mis padres votaron al Frente Popular».

Su padre militaba en un sindicato, cuya filiación desconoce pero que presupone se trataría de uno de trabajadores agrícolas, con cuyo «sello y tampón» jugó en su infancia<sup>6</sup>.

Por lo que, Esperanza, se declara heredera de aquel triunfo de las elecciones del 36, mito e imagen simbólica que supondrá su objetivo de vida y lucha durante toda su vida: su *razón democrática*<sup>7</sup>.

Al preguntarle acerca de lo que recuerda de esas elecciones, Esperanza lo resume en «alegría», a pesar de contar con tan sólo 9 años. Al igual que en el resto de testimonios, esta fecha es una de esos momentos clave que quedará incrustado a modo de instantánea en la mente de quienes la vivieron, tal y como comprobaremos en la memoria de Ángela Losada.

De la guerra, sin embargo, recuerda el sonido de las bombas que llega de Cuenca como el comienzo de una «barbarie». También

nos revela cómo Amancia y Prudencia —dos de sus cuatro hermanas— hablaban durante esos años del devenir de los acontecimientos sin perder la esperanza. De sus discusiones recuerda que les oía decir: «ganarán las izquierdas».

Tras la victoria franquista, su familia se encuentra en «el punto de mira de los falangistas». Mientras, ella y sus hermanas: Amancia, Amadora, Prudencia y Angelina tienen que trabajar en todas las tareas cotidianas necesarias como pastorear o realizar las labores de la casa y el campo. Sin embargo, las hijas desconocían que su padre, Nicolás, era un punto de apoyo de la guerrilla. Esperanza recuerda y revive el momento en que lo descubren asomadas a una pequeña ventana: «Recuerdo de que hombres con escopetas que vienen a por padre y yo y mis hermanas seguíamos en la ventana. Vimos que padre se despide de los hombres y dicen: salud y suerte. Y ellas gritaron: ¡Son de los nuestros! Pero no hablamos del tema nunca más».

En un principio y dada la mentalidad conservadora de la época, al comprobar que faltaba comida y que en la almohada de su padre a veces había un «hoyo» de más, pensaron que tenía éste una «querida» que ocultaba a sus hijas. Pero después del incidente de la ventana, un día le espetaron a su padre «que se dejara de tapaderas» y que «se ponían al servicio de lo que hiciera falta». Convirtiéndose Esperanza y sus hermanas, desde ese instante, en enlaces de la guerrilla antifranquista.

Si bien es cierto que la familia fue un mecanismo fundamental de transmisión de la herencia republicana, este factor se veía complementado por las míseras condiciones de vida del medio rural que obligaban a una pronta y clara toma de posiciones ideológicas casi inconscientes en estas personas. Ejemplo de ello es que Esperanza y su familia, incluso sufrieron un desahucio que los obligó a mudarse a 5 km. de su anterior vivienda.

No obstante, no eran los únicos de la familia que formaban parte de la red de apoyo guerrillera; Amancia, que se había casado y marchado de casa, era junto a su marido, César, también punto de apoyo, de lo que el resto de la familia se enteraría mucho después, llegando el estado de clandestinidad al seno de la propia familia.

A partir de entonces, su día a día cobra una carga política y social que la empodera<sup>8</sup> dentro de los márgenes de la ilegalidad y la convierte en un elemento indispensable que lucha activamente por cambiar la dura realidad que la acosa diariamente, no solamente a ella, sino a su familia y también a la colectividad.

Sobre sus tareas como enlace destaca la de ir a comprar la comida para los guerrilleros, subida a una burra junto a otra enlace, indispensable en la historiografía de la resistencia antifranquista, Remedios Montero<sup>9</sup>. Con ella iba hasta Cuenca para no levantar sospechas en las aldeas. Los guerrilleros se escondían en el pajar, hasta que partían de madrugada al monte con los suministros conseguidos por ellas. La introducción en la vida de Esperanza del componente político le confiere un nuevo sentido a su vida.

La decisión de ir al monte parte de la necesidad de escapar al acoso de la guardia civil, quienes no les detenían con el objetivo de atrapar a los guerrilleros de improviso. Ella misma nos cuenta como una de las tácticas que utilizaban «las Fuerzas» para confundir a la familia Martínez era disfrazarse de «mendigos» y tocar de noche a la puerta. Sin embargo, la guerrilla se valía de códigos que permitieron que nunca cayeran en la trampa.

Aunque Esperanza no recuerda con exactitud la edad en la que se convirtió en guerrillera y pasó a llamarse «Sole», sí que recita de memoria el día exacto en que ella, sus hermanas Amada y Angelina; y su padre, Nicolás, pasaron a formar parte de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, 5º sector: el 18 de diciembre de 1949. El peso de la identidad guerrillera en su vida se observa en la nitidez de sus recuerdos: «La Agrupación Guerrillera de Levante y

después también de Aragón fue una agrupación con bastantes guerrilleros y con una conexión con el Partido en Francia. Se extendió hasta el Bajo Aragón».

Sobre las condiciones reales de lo que significaba un «campamento de guerrilla», Esperanza explica: «Un campamento era un grupo de pinos donde te instalabas unos días y después cambiabas [de emplazamiento]».

La guerrilla fue una escuela de cultura general y política para las hermanas Martínez y Remedios Montero —que se incorporó al monte el mismo día con ellas. Amadora y Angelita aprendieron allí a leer y escribir: «En el monte siempre alerta. Dormíamos de día. Nosotras leíamos, discutíamos, estudiábamos. Aprendimos una formación política. Era plural pero casi todos eran comunistas. Maurico del Bajo Aragón, era anarquista y se pasó al Partido estando en la guerrilla porque decía que era la mejor formación política. Se celebró.

[La vida en la guerrilla] Algunas veces era estar días bajo una tienda sin comida ni bebida sin poder salir por los rastros al haber nieve. Recuerdo los montes con cariño y respeto. Tuvimos un asalto al campamento que nos llovieron los tiros por todas partes. Y nosotros tendidos en un matorral y a la noche nos fuimos al punto de apoyo con el resto de guerrilleros.

Hubo también traidores que nos delataron, que se entregaron a la guardia civil. A partir de aquella época se castigó a los puntos de apoyo y sobre todo eran mujeres. Los castigos fueron horriblos y las mujeres han sido las más perdedoras. Es lamentable el olvido de la mujer como protagonista de la resistencia antifranquista».

A consecuencia de esta universidad política que supuso la guerrilla en la vida de Esperanza, «Sole», decide *hacerse del Partido*. Ella habla con los camaradas, ella lee los materiales del Partido que llegan al campamento de muchas formas clandestinas. «Yo me aprendía todas esas cosas. A mí me lo plantea uno de los camaradas y le dije:

me parece muy bien pero no quiero ser de la juventud, quiero ser del Partido» porque «quería representar la seriedad que respiraba». Se hizo del PCE en 1950 de «palabra y fielmente».

Después de dos años en «el monte», se produce su evacuación a Francia a través de una red de enlaces que la reúnen con Reme. Juntas pasan la frontera y la organización del PCE las instala en un pueblo cercano a París con una familia de camaradas franceses con los que se comunicaban a través de un diccionario. Pero muy pronto la tranquilidad del exilio organizado acabará. En 1952, Esperanza acepta la misión de evacuar a guerrilleros que quedan en España.

Remedios Montero, en esas mismas fechas, parte a Salamanca en una misión similar. Sin embargo, algo sale mal y la guardia civil sigue sus pasos. El Partido, enterado del peligro que corre la misión de Reme, pide a Esperanza —a través de un enlace— que vaya en busca de su compañera para avisarla e informarla de un nuevo itinerario de regreso a Francia que la ponga a salvo.

Los militantes comunistas, se valían de «guías» o «enlaces» para viajar por España. En esta ocasión, Esperanza se vale de uno, del que desconfía desde el primer momento: «preguntaba demasiado y en una lucha clandestina no se preguntan cosas». En el tren de camino a Salamanca, se confirman sus peores sospechas, cuando son detenidos por la guardia civil. Durante la detención, Esperanza, mantiene los reflejos suficientes como para deshacerse del dinero que llevaba: «Me dejé el dinero que llevaba entre los cristales para que no me lo quitaran. Alguien se lo encontrará, pero que no me lo quite la policía».

A partir de ese momento, durante nuestra entrevista, se refiere a las torturas físicas en las comisarías con un: «Allí empezó la fiesta». Es interesante como numerosos testigos de acontecimientos traumáticos como la tortura física, se valen de un lenguaje banal o burlesco para afrontar la expresión de esos momentos. Se trata de un mecanismo de defensa, sobre el que profundizan los docu-

mentalistas de «La luz que no apagaron» en su trabajo sobre la represión franquista. En este trabajo de investigación, se aborda el análisis de los testimonios de memoria también desde la psiquiatría, confirmando así cómo estas personas, víctimas de la represión, conviven durante toda su vida con un trauma sin diagnosticar.

Sin entrar a realizar un juicio de valor acerca de esta posibilidad en Esperanza, es evidente que necesita del uso de estos términos para afrontar con mayor naturalidad el hecho del padecimiento de la violencia de la represión franquista en su propio cuerpo: «Me devolvían ya negra, con la camiseta pegada al cuerpo de lo que se me reventaba de los coágulos de sangre. No me han violado».

Esperanza se apresura a concretar que, a pesar de la tortura, no ha sufrido violencia sexual. Con esta afirmación evidencia una realidad todavía demasiado invisible en la historiografía de la represión franquista: la cuestión de la represión «sexuada» durante el franquismo<sup>10</sup>. La connotación sexual en la tortura producida a las mujeres es una realidad constante en la historia de los conflictos civiles y situaciones de represión políticas. Así, son numerosos los casos en que en la historia concreta de la represión franquista, ha sido utilizada la violación como forma de violencia *politicida*<sup>11</sup> tanto en presas políticas, como guerrilleras o enlaces. Por lo que, Esperanza, conocedora de esa temible realidad, constata cómo, afortunadamente, ella no pasó por ello.

En uno de los momentos de la detención, los caminos de Reme y Esperanza vuelven a unirse y juntas marchan esposadas a un nuevo destino penitenciario. Las subieron a una furgoneta y en un lugar desconocido, las hicieron bajar y caminar: «Reme y yo íbamos esposadas las dos», recuerda Esperanza, sin embargo, la guardia civil les pide que escondan las manos para que la población, al pasar por la calle, no las vea esposadas y ellas se niegan: «No nos escondemos. Somos presas políticas». Sobre lo que vivió a continuación, no quiere hablar. Al parecer, aún «nos esperaba lo peor».

Insiste en que no quiere transmitir ese dolor y que: «Si hubiera podido suicidarme, me habría suicidado». En ese momento, su compromiso militante sigue intacto y piensa que, si sale de la cárcel y tiene que trabajar para el Partido (PCE): «Que me den una ampollita para no tener que pasar por este suplicio». Para denigrarla utilizaban numerosos insultos, entre los que destacaba por la sobrada carga simbólica, el de «Puta Pasionaria». Este calificativo peyorativo muestra cómo no sólo estaba siendo castigada por oponerse a la dictadura sino también por traicionar la misión reservada a las mujeres en la concepción franquista<sup>12</sup>.

En estas circunstancias, Reme ya fue detenida por ser quién realmente era, es decir, por su verdadera identidad: la de Remedios Montero. Sin embargo, Esperanza seguía manteniendo el nombre que había utilizado para cruzar la frontera: Consuelo Pallarés. Fue clandestina hasta llegar a Gobernación de Madrid, donde no pudo negar que, realmente, se trataba de Esperanza Martínez, guerrillera de AGLA.

Recuerda su paso por los sótanos de Gobernación, donde asesinaron «a palos» a uno de los guerrilleros que había intentado evacuar Remedios y escuchaban cantar el «Cara al Sol» sin cesar.

Su itinerario penitenciario comenzó en Burgos, siguió por Madrid y acabó en Valencia. Una vez allí, estuvo en régimen de prisión preventiva, hasta que después de dos años, le llegó una reclamación de Burgos, por la que la juzgaron y la condenaron a 10 años, que le reducen a 6, por la pena de «espionaje y comunismo». En Valencia ya la habían condenado a 20 años y 1 día, y es cuando está redimiendo esa pena en Alcalá de Henares, cuando la directora de la prisión la informa de que, en total, su condena asciende a 26 años. Esperanza, finalmente, cumplió 15 años de prisión, saliendo al mundo en 1967.

Durante su reclusión, fue «redentora de pena por el trabajo», ejerciendo las labores de modista: cosía sábanas, pijamas, ropa para

los presos, capas para la guardia civil, etc. «Por cada día de trabajo, tenías medio día redimido».

Esperanza aprovechaba también esta oportunidad para boicotear al régimen, haciendo sabotaje: «El que podía». «Si podía sacar 4 trajes, sacaba 2». Su «ayudanta» en el taller de la cárcel, era una presa común, Matilde, a la que no podía contar el porqué de su lentitud en el trabajo, por lo que la convencía de que trabajaba más despacio para perfeccionar el acabado.

Durante su estancia en la cárcel, Esperanza reivindica su derecho a estudiar. Recibió un curso por correspondencia de cultura general elemental: «Me llevaba el vocabulario a la máquina de coser y aprendía mientras». Habló incluso con el director de la prisión para que le proporcionara una celda de estudio que, finalmente, le fue concedida. A partir de entonces, consiguió algo de intimidad e independencia. Mientras nos muestra una foto de su nueva celda, la describe con cariño como su «celdita». En ella: «Me parecía que ya no estaba en la cárcel». La celda individual de Esperanza tiene cortinas cosidas por ella, libros, una muñeca... Esperanza consiguió concentrar un pequeño universo propio mediante la conquista de «una habitación propia»<sup>13</sup>, de la que hablaba Virginia Woolf.

Pero aún realizando esas pequeñas conquistas, Esperanza sentencia que: «La cárcel es la cárcel. Es falta de libertad». Ella habla de que el saber que se está preso, es la dictadura más fuerte que se puede sufrir. Y nunca se acostumbró: «Aguanté siempre, a eso no se acostumbra nadie».

El objetivo final era el que daba fuerzas y sentido a la resistencia de Esperanza: «Siempre tuve la moral alta, mi problema era mi dignidad. Mi problema era salir con dignidad de la cárcel. Y por lo que luchaba, yo estaba por un gobierno democrático y eso te mantenía. Entre la máquina, la lectura y las labores que planteabas... tenías que intentar vivir. Por mucho que me condenaran yo sabía que saldría con ganas de luchar y mantener mi vida política».

Sin embargo, su salida al mundo no fue fácil. Después de quince años en prisión sufrió el impacto de la nueva realidad del mundo ante sus ojos: «No era mi mundo, era otro mundo y lo pasé mal».

El regreso a la sociedad civil la obligó a volver a aprender a realizar las actividades cotidianas del día a día: «Cuando salí, el teléfono para mí era difícil, el semáforo... ir a comprar sola, para mí era violento. En la cárcel no teníamos cubiertos, el dinero eran cartones, tenías que aclimatarte al dinero de verdad, a los cubiertos que ya no sabíamos usarlos... era empezar a aprender. « Su estructura mental mantenía las convenciones y hábitos clandestinos que regían su vida de presa política:»Estaba en una vida clandestina».

La humildad y la inconsciencia del valor del sacrificio propio, caracterizan a la mujer resistente de esta época y, en concreto, a los resistentes comunistas<sup>14</sup>, como se puede apreciar de las palabras de Esperanza para referirse a sí misma, a continuación: «Enseguida me acogieron los del PCE, me atendieron muy bien, pero siempre tuve la impresión de que no daba la talla porque no tenía suficiente conocimiento político y no quería defraudarlos». En el sentido de sus palabras, también podemos observar el concepto implícito de «familia» que Esperanza atribuye al PCE, cuando habla de cómo la acogieron tras su salida de la cárcel. El significado de ese término era común para los militantes comunistas que, tras sufrir la represión, la detención y la tortura, encontraban en el Partido un refugio fundamental<sup>15</sup>.

Durante sus años en prisión, mantuvo relación con el Movimiento Democrático de Mujeres de Zaragoza, al que visita para agradecer su apoyo. Es entonces, cuando conoce al que será su compañero, su marido, Manolo.

Su noviazgo será relativamente rápido para la época. Esperanza atenderá en su relación amorosa a sus deseos, sin reparar en las convenciones sociales de la época, afianzando así su identidad feminista también en la esfera privada.

Esperanza se marcha de Manresa, donde vivía, a Zaragoza y formalizan su relación, estando Manolo en libertad provisional, también por causas políticas. Tras pedir la apostasía, protagonizaron la primera boda civil de Zaragoza y tuvo lugar en la cárcel de Torrero. Estando Esperanza embarazada de 7 meses, en la convocatoria del 1º de mayo, detienen de nuevo a Manolo. Cuando éste salió en libertad, su hijo, Vladimiro, tenía ya tres años.

Al principio, Esperanza, vivió con su hijo recién nacido en casa de familiares, pero cuando tenía éste 6 meses se marchó a un piso sola, para recuperar su independencia y, entre otras cosas, «poder tener reuniones del PCE».

En la actualidad, sigue militando en el Partido, pero sin participar de las decisiones políticas activamente, ya que dedica sus esfuerzos a la recuperación de la memoria histórica, a la transmisión de su identidad política: «la de la guerrilla».

Es muy crítica con la transición y la democracia actual: «La transición fue un pacto de silencio». «Los gobiernos no han sido capaces de luchar por esa identidad política. En España, tanto que se presume de esta democracia, y en todas las partes, se ha reconocido a los guerrilleros españoles (...) y en España seguimos siendo bandoleros».

Es consciente de la necesidad de la reivindicación de la lucha de las mujeres, de la transmisión de la historia de la República, de lo que significó la sublevación militar del 36. También lo es del derecho a denunciar los crímenes cometidos durante el franquismo, como el de su padre y su cuñado, asesinados brutalmente en el monte en 1951.

La transmisión es el objetivo constante y profundo de su vida: «Por eso he escrito este libro». «Me siento más fuerte que nunca y con más ánimos que nunca para no dejarlo mientras siga en este mundo». «Los supervivientes seguimos siendo la voz de los ausentes, manteniendo la demanda de un reconocimiento justo como

corresponde a un Estado de derecho que esta democracia no se atreva a otorgar<sup>16</sup>».

Lamenta que haya quedado tantos testimonios perdidos en el camino y simplemente nos mira y nos recuerda: «En vuestras manos queda».

## Notas

---

1. VINYES, Ricard (2002): *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*. Temas de hoy, Madrid, p.16.
2. BARCALA, Diego; CAMPELO, Patricia (10/01/2011): *Memoria autoeditada*, Diario *Público*, pp.24-25. En el citado artículo se aborda el fenómeno social de la proliferación de obras acerca de la represión franquista escritas y subvencionadas por asociaciones, víctimas, familiares, etc. que, «sobreviven al margen de la industria editorial, para que sus recuerdos no caigan en el olvido que el franquismo siempre buscó». Fenómeno del que, esta obra, forma parte.

3. Esta prudencia la podemos comprobar también en Chelo, guerrillera protagonista del documental «*La isla de Chelo*» (2008) realizado por Odette Martínez en correalización con Ismael Cob y Laetitia Puertas —a la vez, hija del guerrillero «Quico»— a quien le confiesa: «te cuento esto porque eres hija de quien eres».
4. MARTÍNEZ, Esperanza (2010): *Guerrilleras, la ilusión de una esperanza*, La Torre Literaria, Madrid, p.31.
5. YUSTA, Mercedes (2002): *La mémoire collective de la seconde république dans les milieux ruraux des années 40*. en *Histoire et Mémoire de la Seconde République espagnole*, Paris X - Nanterre, p.469.
6. Este recuerdo lo recoge Mercedes Yusta (ibídem) de un testimonio que ofrece Esperanza en 1995 y, a su vez, lo plasma ella misma en su autobiografía (MARTÍNEZ, Esperanza (2010): *Guerrilleras, la ilusión de una esperanza*, La Torre Literaria, Madrid, pág.32).
7. BUENO LLUCH, M; GÁLVEZ BIESCA, S (2009): *Por una historia social del comunismo. Notas de aproximación en Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*. FIM-Atrapasueños, Madrid, p.14.
8. Se refiere al proceso en que la mujer intenta alcanzar el control de su propia vida y sus condiciones. Es un proceso de cambio de dependencia, marginación e inseguridad a independencia, participación, toma de decisión y autoestima fortalecida, en este caso, sobre todo, en el fortalecimiento de su identidad política.
9. **MONTERO MARTÍNEZ, Remedios «Celia», «Dolores» o «Paquita».** Nace en Cuenca el 17 de agosto de 1926. Hija de Eustaquio Montero y hermana de Fernando y Herminio, todos ellos también guerrilleros. Sus primeros años, debido al oficio de guardabosques de su padre, transcurren en los montes de su tierra. Tras varios años de colaborar con la guerrilla, el 20 de diciembre de 1949 huyó de Mohorte, en compañía de su padre y su hermano Fernando, incorporándose al 5º Sector de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. En 1950, dada la inseguridad con que se vivía en la zona de Cuenca, las cuatro guerrilleras —Amadora Martínez «Rosita», Esperanza Martínez «Sole», Angelita Martínez «Blanca» y Remedios Montero «Celia»—, pasaron al campamento del Comité Regional del PCE de Levante y Aragón. Abandonó la guerrilla en 1951, pasando a Francia. Tras pasar varios meses en este país, volvió como enlace, para sacar a guerrilleros. «*La primera vez llevé un grupo y nos fue muy bien, pero la segunda, cuando vine a por tres guerrilleros, fue muy diferente. Al salir de Francia iba con tres camaradas que me acompañaron para pasar la frontera; la Gendarmería cogió a uno de ellos y hubo un revuelo... entonces se trataba de que yo no volviera por aquel punto y mandaron a alguien que me conociera para decirme por dónde pasaba Esperanza. Pero resulta que el guía de Esperanza era un traidor que la entregó y dijo por dónde pensábamos pasar nosotros. Yo ya había recogido a los tres guerrilleros en Salamanca, y nos íbamos a Burgos para coger la frontera. Cuando llegamos ya teníamos toda la Estación rodeada de Guardia Civil, allí nos cogieron y a la cárcel*». Desde Burgos les llevaron a la Dirección General de

Madrid, donde les tuvieron durante 25 días en los calabozos, aguantando todo tipo de torturas que la desfiguraron por completo. La llevaron a Valencia, encontrándose en la cárcel con Angelita Martínez «Blanca» y Adelina Delgado «Madre». En 1964, ya en libertad, se marcha a Francia y luego a Checoslovaquia. Permanece en Praga hasta 1970, año en que, junto a su compañero Florián García, jefe del 11º Sector de la AGLA, regresa a España, pasando a residir en Valencia, donde muere en octubre de 2010.

Ortiz, Antonio: *Listado de guerrilleras*. Inédito.

10. ABAD, Irene (2009): *Las dimensiones de la «represión sexuada» durante la dictadura franquista* (Universidad de Utah) en DOSSIER: RODRIGO, J. y RUÍZ C A R N I - CER, M.A. (Coords.): *Guerra civil: las representaciones de la violencia*, Jerónimo Zurita, 84. 2009, pp.65-86.
11. Derivación del término *politicidio* acuñado por el historiador Javier Rodrigo, para definir la violencia dirigida a erradicar toda expresión ideológico que no emanara del discurso doctrinario franquista. Véase RODRIGO, Javier (2008): *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Alianza, Madrid.
12. MARTÍNEZ, Odette (2008) *Los testimonios de las mujeres de la guerrilla antifranquista de León-Galicia* en ARÓSTEGUI, J. y MARCO, J(Coords.): *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Catarata, Madrid, p.315.
13. «Si cada una de nosotras tiene (...) una habitación propia; [si] tenemos el valor de escribir exactamente lo que pensamos; si nos evadimos un poco de la sala de estar común; (...) si nos enfrentamos al hecho [de] que estamos solas, (...) llegará la oportunidad» WOOLF, Virginia (1929): *Una habitación propia*. Seix Barral, Barcelona, 1980, p.156
14. Acerca del esfuerzo militante comunista durante la dictadura, Manuel Vázquez Montalban dijo: «Este esfuerzo ha significado una inversión de sacrificio humano difícil de medir, pero gigantesco cuantitativa y cualitativamente considerado, dispuestos los comunistas a pasar por la privación de libertad, la tortura, el exilio, la muerte, guiados por su finalidad de la revolución necesaria e inevitable». *Nosotros los comunistas*, en Miguel NUÑEZ (2002), *La revolución y el deseo. Memorias*, Barcelona, Península, p.20.
15. GINARD I FERÓN, David (2009): *Sobre héroes, mártires, tumbas y herejes. Culturas militantes de los comunistas españoles* en BUENO LLUCH y GÁLVEZ BIESCA: *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, FIM-Atrapasueños, Sevilla, p.49.
16. MARTÍNEZ, Esperanza (2010): *Guerrilleras, la ilusión de una esperanza*, La Torre Literaria, Madrid, p.96

## ÁNGELA LOSADA GARCÍA



*«Jamás las madres españolas han vivido tantas calamidades, ni circunstancias como las que hoy se dan bajo el franquismo, que cierra todos los caminos de la mujer, al no poder trabajar y dar pan a sus hijos».*

Unión de Mujeres Antifascistas Españolas (1949)<sup>1a</sup>

## JULIA LOSADA CORREDERA



*«Paz es mucho más que la ausencia de tiros en la calle. Existe violencia institucional en España, tanto dentro como fuera del Estado. (...) Es violencia negar a los vencidos que su historia sea la historia de la democracia española».*

Vicenç Navarro<sup>1b</sup>



Ángela Losada nos recibe con los brazos abiertos y generosos. La presentación viene de la mano de su amigo activista de la memoria, «Quico», quien acompañado de su hija Odette y sus compañeros de guerrilla y resistencia en Francia, Zapico y Jalisco, realizó, años atrás, las primeras gestiones para rendir el primer homenaje a Alpidia Morán<sup>2</sup>, madre de Ángela, guerrillera asesinada en 1949 en Villasinde, León.

No es la primera vez que Ángela se presta ante las cámaras para ofrecer su palabra y memoria a la sociedad. En 1999 fue entrevistada precisamente por Odette Martínez, hija de «Quico» e investigadora sobre la transmisión de la memoria de la resistencia al franquismo.

Once años después se enfrenta de nuevo al relato de su vida. En esta ocasión, surgen recuerdos y evocaciones nuevas; pero el comienzo es el mismo: el asesinato de su padre.

La rotunda imagen de Alpidia ya se encuentra presente en la narración, cuando Ángela habla de su padre. Afirma orgullosa que su madre «era más de izquierdas» que su padre. Sin embargo, es su padre el primero que sufre en su cuerpo la violencia de la represión franquista del primer momento de la criminal «Victoria». Su padre estaba «organizado», pero no sabía dónde. En 1936, al entrar las «fuerzas de Falange, esa gentuza» en Sobrado (pueblo berciano en el que reside la familia Losada), el padre de Ángela, José, escapa junto

a su hermano al monte, temeroso de las posibles represalias. Pero su escapada duró sólo unos tres meses, ya que, al enterarse del acoso de la guardia civil a su familia, decidió «presentarse». Suponemos que ante una comandancia de la guardia civil, pero Ángela desconoce los detalles. Lo único que es seguro es que «ya no volvieron».

Su madre, junto a su tía, al ver que no regresaban, salió en busca de su marido. Y ya en el camino, una vecina las avisó de que estaban siendo enterrados. Con el tiempo supieron que un familiar de esa mujer, a la fuerza, había tenido que enterrarlos con una pala. Al parecer, «los enterraron aún vivos». Pero de esto, también se enteraría mucho después.

Durante los años cuarenta comenzaron a ir llegando a la zona berciana, tanto leoneses que estuvieron en la guerra en el frente de Asturias, como asturianos. En 1941, Alpidia, comenzó a apoyar a la guerrilla guareciendo a los guerrilleros en su casa. Ángela recuerda que la primera vez que lo hicieron, «no había miedo». Poco a poco irían llegando más, entre ellos, «venía también la cuadrilla de Girón<sup>3</sup>».

En esos primeros momentos de apoyo a la guerrilla, Ángela tenía unos trece años. De los cinco hijos que tuvieron Alpidia y José, tan sólo quedaban cuatro: Abelardo, Diego, Víctor y ella. Tuvieron una hija más, pero murió de meningitis. Según Ángela, sin embargo, «murió de miedo». En la contundencia de este diagnóstico, podemos observar la dimensión del terror que condicionaba todos los ámbitos de la vida diaria.

Alpidia, pidió a sus hijos que nunca hablaran sobre lo que ocurría en casa. Sin embargo, Ángela comenta que era una advertencia innecesaria. Sólo hizo falta concienciar sobre el peligro a su hermano de cuatro años, pero los demás «ya sabíamos quienes eran los malos y los buenos». Todos los hermanos se convirtieron en enlaces y además de comida, el hermano mayor les suministraba munición balística: «El mayor, sobre todo, ya estaba haciendo el servicio, ya tenía balas para ellos».

Evidentemente, Ángela es un ejemplo de heredera de una transmisión o lucha heredada a través de la familia, pero se declara totalmente consciente y voluntaria de su compromiso: «Con nueve años lo vi todo claro. Entraron aquí las fuerzas matando aquel día, no sé a cuantos del pueblo. Ya me fue suficiente. Entraron curas, falangistas, guardia civil, de todo... « Con estas palabras se refería al criminal castigo que su aldea, Sobrado, sufrió tras la victoria franquista, debido al gran apoyo que el Frente Popular recibió allí en las elecciones del 36.

No obstante, la ayuda de Ángela a los guerrilleros no se limitó a callar su condición de punto de apoyo para ellos sino que, tal y como hiciera Esperanza, ayudaba yendo a comprar: «con una lista que me daban». Recuerda sus viajes en tren a comprar «al estraperlo». La clandestinidad de este tipo de comercio, tan usual en la posguerra, implicaba, entre otros peligros, el de bajarse del tren antes de que este parara, arriesgando doblemente su vida<sup>4</sup>.

Acercas del hambre, Ángela es muy gráfica: «No podíamos comer más que un platín de habas o garbanzos. Comíamos castañas cocidas». Con la llegada de los guerrilleros «había que racionarse más». Incluso el hecho de tener que racionar su comida para compartirla con ellos nunca fue mal visto por su parte: «no lo veíamos mal porque teníamos que ayudarles a ellos. Era como un deber porque nos habían matado al padre. A lo mejor, si no nos lo hubieran matado... Pero yo ya cambié. Ya no iba tampoco a misa. No los puedo ver a los curas. No es que los odie, pero no los quiero. Porque fueron muy malos, se metieron en todo. En la guerra los culpables fueron ellos».

En esta argumentación de Ángela se evidencia cómo el asesinato de su padre marcará el rumbo de su vida. Cómo este criminal acontecimiento provocará la transformación de la familia a partir del empoderamiento político y personal de Alpidia.

En este punto de la entrevista, a Ángela le preguntamos acerca de sus recuerdos de la República. Y nos sorprende con un relato que revela una emoción de efervescencia de libertad. El recuerdo es acerca de una comedia que se representó en su pueblo y en la que actuó su madre. El libreto de la obra de teatro lo consiguieron casualmente gracias a la pérdida del sobre que lo contenía por parte del cartero. Ángela junto a otra niña lo encontraron en el puente del pueblo y se lo entregaron a Alpidia. De la representación recuerda que: «Había un chico que era el apuntador y me acuerdo que había otro que le iba —mi madre hacía de monja— detrás dándole con una porra... Me acuerdo yo de eso y era una niña». A lo que puntualizó: «Mi madre era muy inteligente (...) felicitaban y aplaudían a mi madre».

El hecho de que Alpidia, una campesina crecida en una aldea en condiciones humildes, valorara este suceso fortuito como una oportunidad de creatividad, revela la inteligencia e instinto de esta mujer que, tras sufrir el asesinato de su marido, se niega a resignarse y toma las armas de las que dispone para combatir su realidad. En un primer momento, su única «arma» será su hogar y el capital humano del que dispone, sus hijos y ella misma, que pondrá a disposición de la única resistencia posible a su alcance: la guerrilla. Será en una segunda fase, cuando para salvar la vida, tome las «armas» *per se* y se convierta en guerrillera.

Así pues, Ángela pasa a recordar el día en que Alpidia García huye al monte. Es en 1943, un día en que había siete guerrilleros en su casa, cuando unos catorce guardia civiles se adentran en Sobrado. En ese momento, los hermanos de Ángela se encontraban en una casa más pequeña cercana a la suya, ya que cuando paraban allí los guerrilleros, no había espacio suficiente para todos. Ella, sin embargo, estaba con ellos en casa y es quien abre la puerta a las fuerzas represoras, hecho que determinará su futuro para siempre. Los guerrilleros, en vez de huir y esconderse en la vivien-

da donde estaban sus hermanos, deciden combatir a los guardias, para no abandonar a Ángela y Alpidia a su suerte. Según recuerda ella, antes de abrir la puerta les expuso la situación y ellos contestaron: «Tocamos a dos cada uno».

Tras abrir la puerta, Ángela escapa y se esconde en una casa vecina. Dice que supo que su madre había marchado al monte en el mismo momento en que pasó: «Yo no la vi marchar, vi que quedó aquí pero marchó entonces con ellos». La guardia civil incendió la casa: «No quedó nada».

En la guardia civil hubo dos bajas, pero todos los guerrilleros junto a Alpidia regresaron sanos y salvos al monte.

Del tiempo que transcurrió entre la batalla en su casa hasta que decide viajar a Madrid a trabajar, las circunstancias y acontecimientos son confusos. Pero sabemos que pronto supo que las fuerzas del régimen la buscaban por haber sido quien abrió la puerta aquel día. Según el testimonio que dio en 1999, quedó ese tiempo en casa de unos tíos pero la situación en general de ella y sus hermanos fue de miseria y desarraigo. Sufrió interrogatorios pero no fue detenida, al parecer, por no tener la mayoría de edad. Así, desde 1943 Ángela Losada es perseguida y amenazada por la guardia civil por el delito de abrir una puerta.

Viajó a Madrid y allí estuvo trabajando «limpiando una vivienda por 50 pesetas». Pero lo que más recuerda de esa estancia temporal es cómo no puede soportar el recuerdo de su madre. Por lo que decide después de un año volver al pueblo para poder ver a Alpidia. Lo hizo pensando ingenuamente que ya no era requerida por las fuerzas del orden.

A la pregunta de cómo sabía que su madre estaba bien y en el monte, ella responde que de ella «siempre se sabía», gracias a la red de apoyo a los guerrilleros, a los enlaces. «Había uno [enlace] en Carracedo que era igual que un caracol, se movía pero nadie se enteraba».

Ángela llevaba sin ver a su madre desde 1943 cuando regresa a Sobrado en 1945.

La única vez que volverá a ver a su madre transcurrirá en «un monte cerca de Frieria». A la cita acuden ella, un hermano y una tía. Alpidia llega acompañada de otros dos guerrilleros, entre los que se encuentra Victorino Nieto. La sonrisa y la emoción es constante en el rostro de Ángela mientras evoca ese instante que era un mundo. El horario de la cita dependía de un joven pastor que llevaba a sus vacas cerca del lugar del encuentro. Ellos subieron al monte antes de que él lo hiciera y no podían volver a bajar hasta que no cesaran de pastar las vacas.

Cuando el reencuentro llegó a su fin, Alpidia pidió que su hijo les llevara algo de cena, pero cuando se la llevaron, ella y los demás ya no estaban. Según le contaron a Ángela, marcharon porque vieron un perro y pensaron que alguien iba detrás del animal.

Ángela no cesa de repetir con rabia que, si hubiera sabido que la seguían buscando, habría huido con su madre. Un año después del reencuentro, es detenida.

Ángela Losada es juzgada como «enlace de huidos» por lo que es condenada a doce años y un día. La condena fue recurrida quedando la pena reducida a ocho años, pasando de penal en penal, de Ponferrada a Vizcaya y de León a Segovia<sup>5</sup>.

A partir de entonces, la mayor preocupación de Alpidia sería la situación de su hija en la cárcel. Se comunicaba con ella a través de una tía y una enlace, a la que Ángela ni siquiera conocía. Según una de las cartas de su madre, el que ella estuviera presa: «Era la pena más grande que tenía».

Poco tiempo después, durante una emboscada en el monte, en 1949, Alpidia es asesinada por la guardia civil en Villasinde, León. Acerca de ella, Ángela responde que la definiría como: «Una mujer muy buena y muy inteligente». Como guerrillera, ella misma afirma que no puede saber de su carácter, pero destaca que «valiente sí que

era». Al hablar de ella, la rabia de Ángela no se contiene para expresar de nuevo, una frustración que la acompañará siempre, la de no haber marchado con ella. Es una constante en su testimonio el expresar que si hubiera sabido de su suerte, si hubiera sabido de la posibilidad de su detención, se habría convertido en guerrillera junto a su madre.

Así, desde el 1945 a 1950, Ángela pasa a formar parte del «universo carcelario» del franquismo, tal y como lo define Ricard Vinyes. Para Ángela, al igual que para Esperanza, «la cárcel jamás fue un paréntesis vital (...) sino una construcción biográfica que muchos años después las convirtió, por decisión propia, en testimonios activos». En concreto, para Ángela, que no había recibido mayor formación política que la de la solidaridad, el sacrificio y el miedo, su paso por la cárcel, «significó un aprendizaje muy duro sobre el cual se asentaron y consolidaron sus convicciones y, a través de ellas, su identidad». Tanto en los testimonios que comparte en 1999 como en 2010, Ángela recuerda y destaca la organización de las presas en torno a sus convicciones. Alaba el compromiso colectivo de las presas políticas, entre las que se incluye, y, sobre todo, el de las comunistas. Para ilustrar estas afirmaciones, cuenta cómo se realizaban huelgas de hambre para protestar o defender a otras compañeras. Una de esas acciones, la que mejor recuerda, se realizó en solidaridad con Mercedes Gómez, presa comunista, que se había rebelado contra las pésimas condiciones de vida de las reclusas de la cárcel de Segovia. A consecuencia de esa huelga colectiva, 21 mujeres acabaron en el calabozo, entre ellas, Ángela. Al parecer, según evoca, «una chilena» llegó al penal de Segovia y preguntó a las presas cómo vivían allí. «Merche» Gómez contestó en nombre de todas, denunciando su situación, así como el carácter político de su castigo.

Ángela vivió aquella escena sin ser consciente de lo que estaba realmente ocurriendo. Es recurrente en su testimonio el desconocimiento de la dimensión política de aquel acontecimiento concre-

to. Repetidamente afirma no saber de quién se trataba aquella «chilena»: «¡Yo qué sé quién sería!», exclama.

Sin embargo, hemos logrado dar respuesta a esa incógnita que habita la memoria de Ángela. A finales de enero de 1949, en el penal de Segovia se produjo la visita de una abogada extranjera que estaba elaborando un estudio sobre los distintos sistemas de reclusión europeos. Las presas comunistas vieron en ello una ocasión de oro para quebrar el cerco del silencio, airear la situación real de la cárcel y la naturaleza política de su encierro. Designaron a Mercedes Gómez Otero para que interviniese en nombre de todas. Así, a mediodía del 25 de enero de 1949 llegó la abogada chilena Klimfel<sup>6</sup>. Una vez que ésta preguntó la razón de la condena de las reclusas, «Merche» declaró contundentemente: «Estamos en la cárcel por luchar contra el régimen de Franco». El castigo llegaría tras la marcha de esta observadora internacional, comunicando, en principio, tan sólo a Mercedes, con la intención de concebir la protesta como un acto individual y arrebatarse a la acción organizada todo lo que de resistencia política y colectiva conllevaba. Es por ello que, las presas organizaron la huelga de hambre que Ángela Losada secundó, aún desconociendo la totalidad de los elementos que la explicaban. Fue un acto de solidaridad instintivo, además de una afirmación de su identidad como presa política: «Decidimos todas que había que hacer una huelga de hambre, así que había que hacerla».

Sobre la realidad diaria de sus años en prisión relata asimismo los mecanismos de comunicación entre las presas: se producían bien, a través de gritos por los ventanucos de las celdas; o bien, mediante un agujero clandestino que se labraban ellas mismas en los muros. Ángela recuerda con tristeza cómo nunca supo ni pudo comunicarse de esa manera por falta de habilidad. De su testimonio se desprende aún la emoción y desamparo que ello le provocó en aquellos momentos de soledad. Algo, tan mínimo materialmente, como la posibilidad del hueco en la pared podía ser determinan-

te para mantener incólume el ánimo en aquellas pésimas condiciones de vida.

No obstante, la cárcel le sirvió para madurar políticamente, participando en reuniones clandestinas, reafirmando, una vez más, su identidad como presa política. En la cárcel no era la hija de José, el fusilado, ni de Alpidia, la guerrillera; en la cárcel, Ángela era una presa política por su compromiso consciente e individual.

Sin embargo, su salida al mundo en los años cincuenta, la devuelve al mundo real, al de los roles de mujer que el régimen defendía y promulgaba. Ángela rompe con la dinámica organizativa, solidaria y comprometida de la cárcel de mujeres para sumergirse en la realidad franquista donde priorizará su necesidad de integración social a los deseos y necesidades propios de su personalidad política.

Regresa a una aldea muy lejana ya a aquella en la que se representaban comedias transgresoras surgidas de un puente, una aldea muy lejana a aquella tan progresista que surgió de las urnas del 36. Ángela regresa a una aldea castigada y resignada que sólo tiene fuerzas para sobrevivir y que asume y reproduce, por miedo y agotamiento, el conservadurismo de la sociedad franquista.

Ángela sentía el peso de la sociedad en su condición de mujer. Había sido testigo en la aldea de la estigmatización y marginación a la que se sumía a las mujeres que no cumplían los cánones de pureza y sumisión que la Iglesia católica y el régimen franquista preconizaban. Por lo que Ángela afirmaba que cuando una mujer perdía la virginidad sin estar casada, en ese modelo social «sexualdo» y desigual, «lo perdía todo».

Sin embargo, recuerda cómo después de su paso por la escuela política que le supuso la cárcel, siguió sintiendo la necesidad de una organización política y social en la que poder participar.

Se casó algunos años después de salir de la cárcel y fue madre. Su vida se dedicó a partir de entonces, a su familia y a las labores

de la casa y del campo, entre otras cosas, debido a su condición de mujer, por la que confiesa encontrarse «más atada» y con «tanta faena».

Diez años después de salir de la cárcel, sin embargo, la historia de su padre vuelve por unos días a ser presente. Uno de sus hermanos decide exhumar a su padre y enterrarlo en el cementerio. Ángela recuerda que: «el niño era pequeño [su hijo] y lo dejé con la suegra y fuimos a sacarlo». Lo sacaron «a pico y pala». Extrajeron los huesos y los depositaron en una pequeña caja: «Los metieron en la tierra y ahora no sé ni dónde estarán los restos». Para Ángela, este hecho cobra relevancia, no por darle otra sepultura *per se* a su padre, sino por el hecho de que sus restos dejen de reposar en Portela, el pueblo donde le asesinaron, «tierra de fascistones», sentencia despreciativamente.

Ángela, ha hablado siempre con sus hijos de lo que pensaba y ha respondido sinceramente a lo que le preguntaban. Recuerda con una sonrisa cómo su hijo mayor se enganchaba de su brazo y le decía: «Mamá, háblame de la guerra». Y Ángela le hablaba de su abuela, de Alpidia.

Recuerda también con alegría el momento del destape del silencio, cuando para grabar un documental, contactan con ella por primera vez: «Tenía muchas ganas de hablar».

El carisma y la sonrisa de esta mujer humilde, generosa e inteligente rebosa de felicidad cuando evoca cómo, tras el estreno del documental, «La guerrilla de la memoria», el público le pedía besos y abrazos.

Ángela Losada vive de una pensión que se fue pagando durante sus años de trabajo. La democracia —a la que define despectivamente como «democracia a su manera»— le pagó, tras una lucha burocrática ardua, algo más de un millón de pesetas de indemnización en pago por los años de prisión sufridos: «No pagaron ni una de las lágrimas que eché».

Se mantiene al día de la actualidad política, lee libros sobre la represión franquista y aplaude las luchas por la reivindicación de la memoria. Según, Ángela, son los jóvenes los que deben seguir luchando, «como hicimos nosotros».

- 1a. Extracto del discurso de la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas en el marco del Congreso de la Federación Democrática de Mujeres (FDIM) en Moscú en 1949. AHPCE, Caja 115, carpeta 1.3., Informes de la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas (UMAE), documento: «*En la lucha contra el franquismo las mujeres y el pueblo defienden también la paz*» citado en ABAD, Irene (2009): *Las dimensiones de la «represión sexual» durante la dictadura franquista* en RODRIGO, J y RUÍZ, M.A.: *Guerra civil: las representaciones de la violencia*. Jerónimo Zurita, p.65.
2. **GARCÍA MORÁN, Alpidia «Maruxa»**. Sobrado, León, 1905; vecina de Sobrado. Su marido fue «paseado» en los primeros meses de la Guerra Civil. Tras ello comenzó a colaborar con la guerrilla. Enlace de la Federación de Guerrillas de Galicia-León. En octubre de 1943 la Guardia Civil rodeó su casa, donde se encontraba la guerrilla dirigida por Dalmiro Alonso y Manuel Gutiérrez. En el combate murieron un sargento y un cabo, así como, accidentalmente, una mujer del pueblo, Dorinda Ríos. Los guerrilleros lograron salir sin bajas. Alpidia se fue con ellos, logrando eludir una muerte segura. La casa fue incendiada posteriormente. Miembro de la Federación de Guerrillas de León-Galicia. Tras la marcha al extranjero de la mayoría de los guerrilleros de la Federación en 1948, Alpidia Morán decidió continuar la lucha en el monte, sin integrarse en el Ejército Guerrillero de Galicia. El 17 de marzo de 1949 fueron cercados en Villasinde, León. En el enfrentamiento murieron Hilario Álvarez y Abelardo Macías «Liebre». Alpidia fue detenida con vida y asesinada posteriormente por un sargento de la Guardia Civil. Victorino Nieto y Oliveros Fernández «Negrín» consiguieron romper el cerco, marchando posteriormente a Francia. ORTIZ, Antonio: *Listado de guerrilleras*, inédito.
3. Mítico guerrillero de la Federación León Galicia, sobre el que nos detendremos en el testimonio de Odette Martínez Maler.
4. Entrevista realizada en julio 2009 por Odette Martínez Maler y Herta Álvarez . Cámara: Herta Álvarez . Archivo oral depositado en la BDIC . [www.bdic.fr](http://www.bdic.fr)
5. Entrevista realizada en julio 2009 por Odette Martínez Maler y Herta Álvarez . Cámara: Herta Álvarez . Archivo oral depositado en la BDIC . [www.bdic.fr](http://www.bdic.fr)
6. Información extraída de VINYES, Ricard (2002): *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*. Temas de hoy, Madrid, pp.170-181.

Julia Losada nace el 19 de septiembre de 1956 en Sobrado. Es hija de Diego Losada, sobrina de Ángela Losada y nieta de Alpidia García, guerrillera, y de José Losada, carpintero asesinado recién iniciada la guerra.

Julia forma parte de una generación que se educó en la cultura de la ocultación entendida como instinto de supervivencia. Una parte de su identidad la ha ido construyendo de forma autodidacta, conquistándola poco a poco a lo largo de su vida a través de un proceso de aprendizaje que, aún hoy, permanece abierto.

Siempre fue consciente de que existía algo oculto en la familia, algo sobre lo que no se podía hablar, ni preguntar. El momento en que asumió esa realidad se remonta a su niñez, cuando escuchó hablar de alguien «a quien le habían enterrado vivo». Cuando ella preguntó que de quién se trataba, nadie le contestó. Sin embargo, algo de lo escuchado le hizo percibir la idea de que se trataba «del abuelo». A partir de entonces, esa imagen la acompañaría siempre: «lloré de niña muchas veces pensando en cómo había muerto mi abuelo». Pero la imposición del silencio era una ley tácita demasiado afianzada que nunca se atrevió a quebrantar con más preguntas.

Pasaron los años y fue uniendo las piezas del rompecabezas de su propia historia a partir de conversaciones frugales con familiares lejanos. Fue a través de una tía, Julia contaba con unos quince

años, cuando descubrió de la existencia de Alpidia y de su condición de guerrillera. Supo entonces también de los asesinatos de su abuelo y su tío abuelo. Curiosamente, la conversación comenzó con una advertencia de su tía para que nadie hablara de Alpidia y José en presencia de Abelardo, tío de Julia y hermano de Ángela Losada. Al parecer, ese tema lo ponía «muy nervioso».

Pasaron los años y sería casualmente en casa de sus futuros suegros, a la que iba a comprar la leche por las noches, donde le contaron «la historia». Julia tenía ya dieciocho años cuando se refugiaba en esa casa, en la que intercambiaba libros «de Marx, de Lenin...». Y es por su interés en esos textos y autores, por lo que los dueños de la casa le dicen un día: «A ti te vienen tus ideas de tus abuelos».

Más tarde, Julia encontraría un papel manuscrito de su padre en el que Diego recordaba momentos de su pasado: «Cómo entraba la guardia civil a registrarles en casa, buscando a su padre y que entraban y se llevaban lo que querían (...) Cuenta que se quedó sin su padre y luego sin su madre y eran unos críos».

A pesar de conocer datos concretos de su historia, para Julia era muy difícil enmarcarlos en un contexto histórico concreto. Ella recuerda que, en su adolescencia, ni siquiera sabía que había habido una guerra civil. «Cuando estudiabas en la escuela, estudiabas la Historia de España de la Cruzada». Poco a poco fue colocando las piezas de su historia dentro del rompecabezas general y colectivo de la Historia con mayúsculas, en un proceso complementario de búsqueda individual. En este camino también fue ayudada por familiares, como su tío Abelardo, que le regala una radio que compartía con su hermana. Su hermana y ella escuchaban la radio cuando pastoreaban y se alternaban el derecho a escoger el dial. Cuando era el turno de Julia, elegía escuchar «la Pirenaica»: «Te enterabas de que había otras sociedades más igualitarias donde estudiaban todos...». Sobre su interés por el pensamiento de izquierdas, Julia

bromea y dice que es «genético». Desde pequeña la idea de la guerra le impactaba mucho y sufría por la situación de los niños en los países menos desarrollados. A los quince años comienza a ser consciente de que no quería un mundo como el que vivía: «Quería una sociedad distinta». Sus primeros ahorros, fruto de la vendimia, los empleó comprando «libros prohibidos» en una librería de Ponferrada donde vendían clandestinamente libros sobre comunismo, anarquismo, etc. Así empezó a investigar y a ser consciente de que quería «una sociedad igualitaria, donde todos tuvieran acceso al estudio». Julia sufría la impotencia de no tener los recursos económicos para poder realizar estudios superiores y canaliza su rebeldía en la búsqueda de otras opciones sociales más justas.

Los años van pasando y Julia se casa con su compañero Álvaro, cambia de escenario, su vida madura, pero sigue «reviviendo» la historia de sus abuelos y su padre: «Son raíces», afirma, «no deja de pasar y sigue royendo por dentro».

Hasta que hace quince años, su padre empezó a hablar. Y se lo contó todo. Como si de una necesidad biológica se tratara, durante su vejez, Diego Losada, responde a todo lo que su hija le quiera preguntar. Y este hecho se produce, según afirma Julia, cuando «aparece Quico». Francisco Martínez López, inició su actividad de recuperación de memoria, en la zona que le vio nacer y combatir: El Bierzo. Así, hace quince años, la necesidad de comenzar la actividad de la asociación Archivo de Guerra y Exilio, le lleva hasta Julia y Diego Losada. Cuando Quico les muestra fotos de algunos guerrilleros, su padre comienza a despertar su memoria. «Empezamos a tener fotos los hermanos Ríos, del Atravesaro, de esos guerrilleros que andaban por aquí y mi padre señalaba como esos habían estado en su casa». De la muerte de su abuelo, según Julia, su padre la contaba como si le fuese ajena, como si se tratase de una historia aprendida, no vivida: «Como si la tuviese superada». Según Diego Losada, el compromiso político de su padre se limi-

tó a haber sido miembro de la mesa electoral durante las elecciones de 1936. El triunfo del Frente Popular en Sobrado provocaría que, a partir de la victoria franquista, el pueblo fuera criminalmente castigado.

Al parecer, tras el asesinato de su padre, su madre Alpidia compró el trozo de tierra donde fue enterrado y lo rodeó con una valla metálica. Con el tiempo, se las quitaron: la tierra y la valla.

Sobre la vida sin su madre, Diego no le habló demasiado a Julia. Sin embargo, le hablaba de que veía a su madre, de vez en cuando, con la excusa de ir a cortar leña al bosque. Se veían entre la frondosidad y Alpidia le encargaba algún recado. Así se convirtió Diego en enlace de la guerrilla.

También se escribían cartas, tal como hacía Ángela. Sin embargo, Diego y Alpidia se hablaban en ellas como si fueran una pareja y, entre líneas, escribían los mensajes reales «con gelatina de arroz» o «con limón» —Julia no recuerda con concreción el método.

Sobre la muerte de su madre, de Alpidia, Diego le confiesa que supo de su asesinato, pero que les aconsejaron —por su seguridad— no ir a identificarla. Su cuerpo se encuentra en el cementerio en una fosa común que comparte con otros represaliados. En el nuevo cementerio de Vega de Valcárcel le hicieron una placa en su memoria. Odette Martínez, hija de Quico e investigadora de la memoria de la represión, se encuentra presente durante la entrevista y dialoga en este punto con Julia. Ella presenció las primeras gestiones que, para homenajear a Alpidia, realizaron Quico, Jalisco y Zapico —guerrilleros antifranquistas de la Federación León-Galicia— en 1999 con el alcalde del pueblo en el que fue asesinada. Odette evoca en tono apasionado este emocionante momento, tanto a nosotros, durante la entrevista, como en el «Epílogo» al libro de Francisco Martínez, «Quico», su padre: «Villasinde, febrero 1999. (...) No lejos de allí, tres miembros de la guerrilla murieron el 19 de marzo de 1949. Dos hombres y una mujer: Abelardo

Macías, Hilario Álvarez y Alpidia Moral. ¿Dónde cayeron? Quico, Jalisco, Manolo, lo ignoran. Saben solamente que sus cuerpos fueron sepultados. Pero ¿dónde? Esperan encontrar un testigo, (...) erigir un monumento. (...) Cuando al fin entramos en el pequeño ayuntamiento rural, nada todavía ha permitido adivinar la insistencia de un tiempo venido del pasado, que resurge en cuanto es pronunciado el nombre de los tres guerrilleros. Inútil evocar los portadores de la historia de los tres resistentes y su muerte violenta: el alcalde, los empleados, todos la conocen. (...) [El alcalde] extrae de un armario de hierro un viejo libro (...). En el año 1949, todos buscan los nombres de Alpidia, de Hilario, de Abelardo. Aquí están. Todo está consignado: el nombre, la fecha, la hora, el lugar de la muerte. Bajo la rúbrica «profesión», podemos leer: «Bandolero». (...) Son «bandoleros» todos los republicanos que se negaron a deponer las armas después de 1939»<sup>3</sup>.

Julia reflexiona en ese momento sobre todo lo que le queda por saber y preguntar aún y recuerda cómo su padre, cuando le hablaba de estos temas, lo hacía todavía en voz baja. Sentía aún la necesidad de guardar escondida esa memoria, más por precaución que por vergüenza. Julia afirma que su padre hablaba con mucho cariño de su madre y también con impotencia. Ella es consciente de que su padre nunca pudo ser completamente feliz con «toda esa historia encima».

Acerca de la suerte que corrió su tía Ángela, Julia sabe que «sufrió más que ninguno por culpa de haber estado en casa, el día en que la guardia civil les asaltó». A partir de ese momento, Julia presupone que su padre y sus tíos, al quedar solos —ya que Alpidia García Moral huye con la guerrilla—, «sobrevivieron como pudieron». Sin embargo, Julia no culpa a su abuela de nada, todo lo contrario.

Cuando le preguntan cómo definiría a su abuela, lo hace desde una distancia que le permite mostrar cierta objetividad, aunque sea imposible. Porque no la define desde su condición de nieta, sino

desde su condición de mujer, y es desde esa posición desde la que la entiende y, a la vez, la admira: «Alpidia fue una mujer a la que le tocó ser viuda de un asesinado. Estuvo implicada en la ayuda a los guerrilleros, es investigada. Tiene registros en su casa cada poco tiempo y en uno de ellos hay un enfrentamiento entre guardias civiles y guerrilleros. Ella tiene que escapar y ya está siempre en el monte. Ha estado en el monte hasta el 49 en que la asesinaron».

Julia, a la vez que observa a la guerrillera comprometida que encarna la mítica figura de Alpidia, nunca deja de reconocer su dimensión humana: la de una mujer y madre que se ve obligada a separarse de sus hijos. Apoyando esta imagen humana de su abuela, una mujer que la conoció, le contó que recordaba cómo una noche en que la guardó en su casa, «Alpidia se la pasó llorando pensando en sus hijos».

No obstante, Julia, a diferencia de su tía, Ángela Losada, sí que es consciente del estigma social que le atribuye a Alpidia el franquismo y que permanece aún presente en la mentalidad colectiva. «Hubo un rumor de que mi abuela era la querida de Vitorino Nieto(...) Además de bandolera era mujerzuela<sup>4</sup>». Tanto Alpidia como el resto de guerrilleras antifranquistas sufrieron una doble represión: la represión de género y la represión ideológica.

Sin embargo, en el caso de su abuela, Julia reconoce que la historia de su abuelo ha quedado relegada a la historia de Alpidia: «Tuvo que ser una vida de lucha difícil, ayudando a la guerrilla, siendo clandestina en el pueblo por su condición de enlace, de apoyo...». Cuando el padre de Julia, Diego, le hablaba de ella, tuvo éste siempre un fuerte autodomínio de sus sentimientos y en pocas ocasiones los mostró abiertamente. Su hija piensa que el peso del sufrimiento que su padre sintió en su infancia y adolescencia, motivó que tuviera la necesidad de educar a sus hijas para que fueran fuertes emocionalmente. Según Julia, presumía de ello: «las he educado para que mis hijas tengan el corazón de piedra».

No obstante, esa disciplina de trabajo en la que fue educada unida a esa cultura de silencio, hizo que Julia comprendiera la dimensión de víctima de su padre en la edad adulta. Así, al comentar el acontecimiento que supuso para ella la muerte de Franco, lamenta la oportunidad perdida de haberlo celebrado con su padre: «Si mi padre hubiera contado más cosas antes, igual le habría dado un abrazo». Julia, sin embargo, lo celebró sola, en su habitación, dando brincos. Y a pesar del miedo de su madre a que expresara su alegría, Julia gritó: «¡Estoy muy contenta de que se muera Franco!».

La complicidad ideológica de su padre comenzó a manifestarse sutilmente durante las primeras elecciones democráticas, cuando Julia comenta en casa que va a asistir a un mitin del PCE. Ante la negativa de su madre a que ella se retratase públicamente, su padre sentenció: «Que vaya y que aprenda lo que son las cosas, que van a ser los que queden el día de mañana en este mundo». Julia aún se emociona recordando la defensa de Diego: «Eso me encantó de mi padre».

Al reflexionar sobre la situación política actual y el espacio que ocupa el movimiento de reivindicación de la memoria histórica, Julia siente impotencia ante la sensación de no poder cambiar nada. Afirma que sus abuelos se merecían algo más que una historia oculta, silenciada. Como nieta, reconoce que los homenajes tardíos realizados a Alpidia, significan reconocer su existencia y su lucha por unas ideas que comparte y de las que está orgullosa. Pero para Julia no es suficiente. Necesita de un reconocimiento colectivo para todas y todos aquellos que lucharon por una sociedad democrática: «Siempre sentiré nostalgia por todo aquello que lucharon y no consiguieron que se restableciera»: «Ha sido una pena, es un retraso en esta sociedad que la República no se haya llevado a cabo». Ella, a su vez, se considera víctima en primera persona de las consecuencias de la represión franquista: «La Dictadura me negó la felicidad de haber conocido a mis abuelos, le negó la felicidad a mi padre».

Julia aporta su testimonio con un objetivo concreto: para «que no se repitan esas situaciones, ni aquí, ni en ninguna parte».

## Notas

---

- 1b. NAVARRO, Vicenç (enero 2011): *Enterrar a los muertos, desenterrar la memoria*. El Viejo Topo, p.13.
2. Con el término «La Pirenaica», Julia Losada, se refiere a «Radio España Independiente». Emisora creada por el PCE en el marco de la creación de emisoras de radio por parte de diversos partidos comunistas de Europa durante la Segunda Guerra Mundial. «La Pirenaica» emitía la única información radiofónica no controlada por el régimen de Franco, tras un decreto, a través del cual, otorgaba el monopolio de los informativos a Radio Nacional de España.
3. MARTÍNEZ-MALER, Odette (2000): *Epílogo. Memoria de una guerrilla, guerrilla por la memoria* en MARTÍNEZ LÓPEZ, Francisco: *Guerrillero contra Franco. La guerrilla antifranquista de León (1936-1951)* Breviarios de la calle del Pez, León, pp.190-193.
4. Tal y como comenta Odette Martínez, estos rumores eran fabricados para atribuir un doble estigma a las combatientes antifranquistas: «Bandidas y putas», las mujeres de la guerrilla eran dos veces culpables: culpables de bandolerismo y culpables de tener «amores bandidos». MARTÍNEZ, Odette (2008) *Los testimonios de las mujeres de la guerrilla antifranquista de León-Galicia* en ARÓSTEGUI, J. y MARCO, J(Coords.): *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Catarata, Madrid, p.325.

FERNANDA  
CEDRON



*«Y esos nietos somos todos, todos tenemos esa mujer que sabe contar su historia sin darle mayor importancia y en cuyas palabras y relatos descubrimos no tan sólo su historia personal, sino la historia de todos, nuestra vieja, ancestral, historia común».*

Juan Barceló<sup>1</sup>



María Digna Fernanda Cedrón nació en Vicedo el 3 de junio de 1946. Sin embargo, en su partida de nacimiento su vida comienza el día 14. Durante una semana para el mundo Fernanda no existió, ya que hubo que ocultarla hasta que el abuelo, el mítico «Guarda Ríos», guerrillero antifranquista, pudo ir a conocerla. Así, de este modo, la identidad de Fernanda quedó unida a la de su abuelo desde el principio.

Su vida se desarrolló siendo consciente de que vivía ocultando un secreto. Un secreto que, paradójicamente, desconocía. Pero desde pequeña ella sabía que había en casa «algo muy serio que se callaba».

Su testimonio revela un proceso de comprensión hacia la situación que marcó la vida de su familia. Un proceso de comprensión y de investigación, ya que la cultura de la ocultación ha permanecido latente a su alrededor, teniendo que ser ella la que, individualmente, destapara los secretos familiares escondidos bajo el silencio del miedo.

Luís Trigo fue fundador del PSOE y la UGT en Montoñedo y el 18 de julio de 1936 «lo tenía clarísimo. Él sabía que era uno de los que iban a liquidar y el 19 de julio marcha al monte, pensando que sería algo temporal porque todo se iba a solucionar».

El que sería conocido como el «Guarda Ríos», su abuelo, estuvo en el monte desde el principio del levantamiento hasta el 25 de junio de 1948 en que es asesinado.

Su abuela fue la primera mujer de su abuelo, Josefa, con la que tiene cuatro hijos: Luis, Jesús, Digna y María —esta última, la madre de Fernanda. Pero el matrimonio de sus abuelos se deshace cuando su madre tiene 8 meses. Sin embargo, su abuelo nunca dejó de visitar a su familia, manteniendo una buena relación con Josefa.

Así, la familia de Fernanda, vivió la represión consecuente de haber sido Luis el marido de Josefa, aunque habiéndolo dejado de ser, lo que causará una comprensible animadversión por parte de la madre de Fernanda hacia la figura ausente de su padre pero, a la vez, tan presente y determinante en su vida. El acoso de la guardia civil para conseguir información sobre el «Guarda Ríos» comienza con la deportación de la familia hasta un campo de concentración en Ribadesella desde, prácticamente, los inicios del Golpe de Estado hasta 1937.

Su madre siempre se negó a contar nada a sus hijos. Vive traumatizada hasta el punto de negarse a sí misma y a los suyos el relato de su estancia en el campo de concentración, negándolo también a sus nietos: «A nosotros nos trataron estupidamente».

Sería su tía abuela Virginia quien, en los últimos años de su vida, siendo ya una anciana a la que le pesaban demasiado los recuerdos dolorosos en la conciencia, le ayudaría a arrancar aquella nebulosa de sus recuerdos que no la dejaba ver la realidad. En su afán por conocer más de su propia historia, Fernanda, le preguntó acerca de imágenes de su infancia a las que necesitaba dar un significado: «¿Qué había pasado un día que vinieron unos hombres que «a mí me olían muy mal»? ¿Qué pasó? ¿Por qué las abrazaban y hablaban silenciosamente? ¿Por qué mi abuela mandó que Nieves y Virginia —que estaban donde había una ventana— discutieran de una forma desmesurada? Aquellos hombres querían besarme, pero me parecían unas personas terribles con barbas».

Virgina le contestó: «¿Cómo te podías acordar de eso si eras un «botón»? Y sí, eran los del monte. Y la pelea [de Nieves y Virginia ante la ventana] era un paripé porque sabían que había vecinos que nos controlaban».

Fernanda tenía 3 ó 4 años en aquel momento, por lo que, el Guarda Ríos ya había sido asesinado. Este hecho demuestra cómo su familia siguió apoyando la causa guerrillera, a pesar del acoso constante de las «fuerzas ocupacionales», de los registros de la guardia civil y de que la principal causa de su apoyo a la resistencia ya hubiera sido aniquilada.

La historia de la familia se cubrió de secretos y silencios que fueron construyendo una falsa realidad en la que se confundían ellos mismos. Por ejemplo, su «tío Suso», hijo del Guardia Ríos, fue enlace: llevaba recados, comida, ropa a la guerrilla. Y de eso, Fernanda se ha enterado hace poco tiempo por personas que estuvieron en el monte.

Otra de esas imágenes grabadas de su niñez son alumbradas, de nuevo, por la luz de su tía Virginia. En la evocación de este recuerdo se pone de manifiesto la evidencia de la conciencia de lo oculto, cuando en una de las visitas de la guardia civil a la casa, la toman a ella, siendo una niña, como cebo para sacarle información. Cuando Fernanda vuelve a entrar en casa, anuncia a la familia: «No os preocupéis que no dije nada. Sin saber qué tenía qué decir. Sabía que la forma de salir adelante era callar». Y esa afirmación ha definido a una generación: «Mis padres son la generación del miedo, aún hoy todavía. Mi madre está preocupadísima de que intente reavivar el pasado»:

La base fundamental sobre la que se asientan sus valores anti-franquistas la toma del núcleo familiar conformado por su abuela y sus tías-abuelas, que le «abren ventanas» de comprensión con frases como: «A ver cuándo acaba esto... Franco...». La diferencia entre cómo afrontan la transmisión de la represión sus tías-abuelas con

respecto a su madre, se explica en que ellas, debido a su madurez, lo afrontan de una forma natural y su madre, una niña en los primeros momentos de la represión, «cargó la culpa de su padre sobre sus espaldas». Porque sus tías-abuelas fueron resistentes conscientes de la causa, pero su madre como la define Fernanda: «era una niña a la que también le ocultarían», una resistente involuntaria. Fernanda resalta cómo su abuela y sus dos hermanas sacaron a la familia adelante con un «esfuerzo increíble», soportando el escarnio público que sufrían por ser familiares del Guarda Ríos.

Esa atmósfera de secretos provoca la idealización de la figura del Guarda Ríos en Fernanda. Ella idealiza a su abuelo, a pesar de las contenciones y omisiones. Recuerda, por ejemplo, cómo cuando asesinan a su abuelo, la familia no pudo ponerse de luto. Cómo había que silenciar la emoción de la pérdida también. Y cómo los niños veían llorar a la familia y no sabían por qué era. Así fue testigo Fernanda de la noticia del asesinato de su abuelo, siendo testigo de algo muy doloroso que sentía con sufrimiento, pero sin saber qué era, por qué era.

La figura de su abuelo aparecía y desaparecía constantemente en la vida diaria. Fernanda recuerda cómo iba con su tía Digna a comprar y las tenderas la cogían en brazos y le decían casi en un susurro: «¡Ay, si te viera tu abuelo!». Y el dolor por esa presencia ausente se acrecienta. Así, va construyéndose una imagen soñada de su abuelo que va aumentando su necesidad de él, de esa persona que le arrebatan en casa.

En su imaginario infantil, su abuelo era un *héroe vengador* que lograría salvar, junto a ella, a su familia y la sociedad de la tiranía franquista. Y debido al poder de esa imagen mítica tardó mucho tiempo en conseguir «ponerlo en su punto justo». Creció sin saber siquiera si estaba muerto o vivo hasta que tuvo diez años y se enteró porque lo escuchó un día fuera de casa, de alguien que lo dijo al pasar, como quien no dice nada: «Mi niñez es toda una cosa que se

va construyendo de una forma muy extraña porque había dos dimensiones: la de Chantada y la de Vivero. Una era la vida controlada y la otra, la del miedo y el misterio.

Vivero era la dimensión de lo desconocido, donde vivía la familia materna, la del Guarda Ríos; Chantada era la dimensión conocida, tranquila y clara. Allí tuvo la oportunidad de convivir con su abuelo paterno, que la ayudó mucho a descifrar los códigos ocultos que la envolvían. Cuando ella va a Chantada, Mariano Cedrón, médico «de izquierdas» pone en su mano libros donde ella pudo buscar fuentes de información real. Así, en 1º de bachillerato, sufre las consecuencias de «no callar» ante su profesor de historia, que le propina una bofetada que la tira del pupitre, porque se atreve a afirmar que en los libros de texto faltaba un «espacio de tiempo» por explicar: el de la República. La política de la memoria es un elemento consustancial al régimen franquista en el conjunto de la política del poder, a través de dos mecanismos: el del olvido, la acción de borrar; y el mecanismo de las memorias usurpadas, de la «memoria impuesta» que consiste en la sustitución del recuerdo, la manipulación de la historia. En esta línea es notable el empeño ejercido por la dictadura en destruir el pasado próximo que encarna la II República, además de por la fuerza de las armas, en el ámbito de la educación y la historia, soterrando ese periodo de tiempo bajo el resurgir de un pasado remoto, que se remonta desde la Dictadura de Primo de Rivera y la Restauración hasta la «era del Imperio»<sup>2</sup>.

Así, Fernanda, a pesar de la protección basada en el silencio en la que había sido educada, la violencia latente le hacía sentir que: «la tortura estaba en el ambiente». El imaginario infantil estaba cargado de la represión silenciada: «Entre los niños jugábamos a las cárceles y al que resistía más en un interrogatorio».

Es a los 14 años cuando se rompe la coraza de silencio que la envolvía. Es entonces cuando descubre la muerte de su abuelo. Y

tampoco es en casa. En los veranos que pasa en Vivero, el pueblo materno, acostumbraba a coger la bicicleta e ir en búsqueda de respuestas. Supo de la existencia de un señor, Fidel, un curandero, que vivía en otra aldea y que había sido amigo de su abuelo. Lo encontró y le dijo: «Soy la nieta del Guarda Ríos y quiero que me hables de mi abuelo». Ahí fue cuando supo del asesinato del Guarda Ríos. A partir de entonces, Fernanda, transforma la imagen mítica de su abuelo de *héroe vengador* en la del *héroe mártir* y decide que ha de vengarle.

A pesar de no ser consciente de la muerte del «Guarda Ríos», éste había ido a visitarla unos días antes de que lo mataran. En ese rompecabezas de recuerdos e imágenes borrosas que conforman su infancia, ella recordaba a un señor que llevaba un sombrero y que le enseñó un reloj. De ese hombre, sobre todo, recuerda «la imagen de unos ojos que me quieren» y de «un reloj de oro de cadena que lo balancea ante mi rostro». Su tía abuela, Virginia, le confirmó: «Ese hombre fue tu abuelo, la última vez que te vino a ver». También le contó que en aquella última visita se presentía su derrota y tenía la sensación de que era la última vez que lo vería. Fernanda tenía sólo dos años. El «Guarda Ríos» fue asesinado el 24 de junio de 1948.

Fernanda siempre ha vivido necesitada de la memoria de su abuelo. A pesar de que su madre siempre ha supuesto un muro de silencio en sus ansias de respuestas. Sin embargo, esta situación cambió un ápice cuando hace unos años, el historiador gallego, Bernardo Maíz, realizó un homenaje al Guarda Ríos. Es entonces cuando la madre de Fernanda, que siempre se había sentido abandonada por el padre ausente, comenzó un proceso de reconciliación interna con él cuando en el acto le regalan una foto suya. El reconocimiento social tan tardío, pero necesario, del guerrillero antifranquista, produce un efecto revelador en su propia hija<sup>3</sup>. El desconocimiento de la dimensión política y colectiva de su padre, era al mismo tiempo, fruto de esa cultura del silencio y el miedo en

la que la habían educado y que, a su vez, ella había intentado transmitir a su hija produciendo el efecto contrario. Porque para Fernanda ese silencio fue siempre demasiado ruidoso.

No obstante, el miedo sigue siendo un elemento endémico en la vida de su madre, por lo que, a pesar de que Fernanda ha localizado la fosa común del Guarda Ríos, esperará a que ella no esté para realizarle ante la tierra rasa que alberga sus restos, el obligado homenaje. Para ella, la lápida no le es necesaria como elemento de alivio espiritual, Fernanda necesita de la lápida para condenar el asesinato de su abuelo, necesita de la lápida para, mediante la condena explícita del asesinato del «Guarda Ríos» realizar su aportación propia a la condena del franquismo.

## Notas

---

1. BARCELÓ, Juan (2010): *El pueblo que quiso ser, la España que no pudo ser* en MARTÍNEZ, Esperanza: *Guerrilleras, la ilusión de una esperanza*, La Torre Literaria, Madrid, p.130
2. CUESTA, Josefina (2002): *La destrucción de la memoria de la II República (1936-1944)* en CHAPUT, Marie-Claude y GOMEZ, Thomas: *Histoire et Mémoire de la Seconde République espagnole*, Paris X - Nanterre, p. 347-374.
3. Sobre la importancia de estos actos de reconomiento públicos para provocar el desencadenamiento y aceleración de la transmisión de la memoria, ya habla Odette Martínez-Maler en *Testimonios orales sobre las guerrillas antifranquistas de León (1947-1951)*: «Así es como, en Villasinde, el homenaje reservado a Alpidia Moral -guerrillera- permite a Ángela [Losada], su hija, hablar a la nieta de Alpidia de su historia familiar y política. Teresina, la nieta de Argimira, explica cómo la apertura de la fosa de Canedo donde yacía su bisabuelo tiene para ella un efecto revelador que hace oíble el relato de su abuela y cómo, a partir de entonces, va a buscar huellas de su abuelo en el Archivo de Salamanca. (...) Como si los actos de memoria abrieran un espacio de palabra imposible de conquistar de otra manera».

PILAR MARTÍNEZ  
LÓPEZ



*«No creo que la genética condicione la capacidad de sacrificio y fuerza moral con la que los humanos respondemos a los desafíos históricos. Son esos desafíos los que nos construyen la musculatura para sobrevivirlos»*

Manuel Vázquez Montalbán<sup>1a</sup>

ODETTE  
MARTÍNEZ  
MALER



*«Durante mucho tiempo, no he sabido contribuir a romper el silencio (...). Tras veinticinco años desde la muerte del dictador, es ya tiempo de hacerlo.»*

Francisco Martínez López, «Quico» (2000)<sup>1b</sup>



Pilar Martínez López nació en 1928 en Cabañas Raras (León) en el seno de una familia humilde y trabajadora. Desde la infancia: «Hacía las labores de casa y el campo». Pilar nos recibe con la sencillez y familiaridad que caracterizan esa forma de vida. Su historia ha quedado relegada a la de su hermano, Francisco Martínez «El Quico», guerrillero de la partida de Girón en la Federación de guerrillas de León-Galicia. Sin embargo, ella también forma parte de la historia invisible de la resistencia franquista por méritos propios, a pesar de que el mero hecho de pedirle su testimonio la sorprenda y abruma. Su actuación como actriz resistente debida, en gran parte, a ser la «hermana de», hace que le cueste valorar y reivindicar su experiencia directa en la lucha política de la resistencia armada.

Sus padres mantenían un compromiso político de izquierdas muy activo, en el que, el papel de su madre destacaba sobre el de su padre: «Mi madre, [Obdulia López], era más que mi padre. Cuando fue la República fue al ayuntamiento a reclamar con otras vecinas. Era mas *corajosa* que mi padre». Francisco Martínez López concreta este aspecto en su autobiografía, dedicándole un apartado especial,

ya que su influencia supuso para él, el germen fundamental de su conciencia política: «Me quedó muy presente el activo papel que desempeñó en el momento de la huelga revolucionaria de Asturias en 1934, que también llegó a nuestra zona minera de El Bierzo: mis padres organizaron varios Comités de ayuda a los mineros en huelga y en lucha, y mi madre lideraba esta acción con otras mujeres del pueblo. Esa misma combatividad le hizo destacarse, en las elecciones del 16 de febrero de 1936, en la lucha para obtener la amnistía de todos los condenados de los acontecimientos de 1934 y hacer triunfar al Frente Popular. (...) Durante los años de posguerra, de 1940 a 1951 (...) colaboró con el Movimiento Guerrillero<sup>2</sup>».

Francisco Martínez López, fue enlace antes que guerrillero. El 22 de septiembre de 1947 inundó Torreno del Sil con octavillas del PCE y la guerrilla, llamando a los mineros a la huelga y a sabotear la producción de carbón. Debido a esta acción se produjeron varios arrestos y detenciones para tratar de averiguar quién era el autor de la propaganda. Al fin, se produjo la delación deseada por la Guardia Civil y prepararon una emboscada para atrapar a «Quico». Sin embargo, la cuñada del delator, Isabel Gaztelumendi, le puso al corriente de la trampa a tiempo. Esa misma tarde, volvió a Cabañas Raras donde pasó un día oculto, hasta que la noche siguiente entró a formar parte del Movimiento Guerrillero<sup>3</sup>.

A partir de entonces, toda la familia se volcará en intentar cubrir las necesidades de «Quico» y sus compañeros. Del momento en que su hermano marcha al monte, Pilar recuerda la preocupación y el sufrimiento que le causó el no saber nada de él durante varias semanas. «Estuvimos casi dos semanas sin salir de casa, sin saber... Luego ya supimos por un enlace que estaba bien».

Toda la familia sufrió el acoso de la Guardia Civil por ser familiares de «Quico» y por sostener a la guerrilla. Sin embargo, nunca lograron sacarles información a ninguno de ellos: «Mi padre cuando venían los guardias civiles se ponía a temblar porque siempre le

pegaban con mucha violencia. Mi madre les decía que no sabía nada y que aunque supiera donde estuviera su hijo no se lo diría».

A pesar de que la integración de Francisco Martínez en la guerrilla supusiera un elemento fundamental en la entrega y compromiso de Pilar hacia la causa guerrillera, ésta no renuncia a la importante base política que la sostenía: «Toda la familia nos considerábamos comunistas. (...) Desempeñábamos las mujeres en Cabañas una labor de recogida de los guerrilleros en casa. Era una labor política más que ahora que puedes hablar lo que quieras y no te dicen nada. Lo hacíamos como una labor como cuando das a un pobre de comer, humanitaria y de solidaridad, pero ellos sabían que lo hacíamos por las ideas».

Pilar, por su condición de hermana de guerrillero, sufrió ser objetivo de habladurías y miradas despectivas, llegando Horacio, el que sería su marido, a confesarle en una ocasión: «Si me guiara de algunos no venía contigo porque me dicen que me va a pasar algo porque eres la hermana del guerrillero». Sin embargo, ese temor pronto se transformó en implicación activa: «Él no les hizo caso y enseguida se hizo enlace y les ayudó mucho».

Pilar, no obstante, recuerda con amargura un momento alrededor de los años 48 y 49, en el que se quedó sola al mando de la casa, cuidando de sus otros dos hermanos, ya que meten a sus padres en la cárcel: «Sería por octubre —cuando se siega el pan— que mataron a un guardia civil y venían a por los que éramos de izquierdas y por eso los metieron en la cárcel».

El corto período de tiempo en que sus padres estuvieron arrestados, los guerrilleros dejaron de ir a su casa, que se había convertido en parada natural y punto de apoyo de la guerrilla: «Cuando salieron de la cárcel vuelven los guerrilleros a casa. Hasta que marcharon para Francia [en el 51]».

De la violencia física que sufrieron, dice con tranquilidad aparente: «Me pegaron alguna bofetada que otra y en la barriga, pero

algo pasajero. A mi hermano Toño, sí». Mientras su padre estuvo en prisión: «le arrancaron las uñas de los pies». A pesar de eso, Pilar a través de su tono de voz mesurado intenta restar importancia a su sufrimiento corporal y explica el porqué de su maltrato: «La táctica de la brigadilla para coger a los resistentes era coger a las hermanas».

De los guerrilleros que paraban en su casa, recuerda, sobre todo, a Girón: «En nuestra casa pararon siempre cinco y Girón. A Girón lo mataron a los 15 días. Era muy bueno, muy amable, no dormía para que durmieran los otros. Creí que era otra cosa porque decían que era el que más mandaba y más sabía... y siempre me animaba: no tengas miedo. Porque yo era muy miedosa, yo no era por mí, era por ellos». Manuel Girón Bazán supondrá un hito, tanto para la vida de «Quico», como para la propia historia de León, convirtiéndose en una figura mítica a la que aún, en la actualidad, se recurre para aludir a la lucha por los valores democráticos. En el documental «La partida de Girón» puede comprobarse la existencia de graffitis callejeros que nombran a este guerrillero comunista bajo el lema: «¡Girón vive!».

Su asesinato por parte de un infiltrado de la Guardia Civil, provocará la desintegración de la partida guerrillera que lideraba. Será su muerte la causa determinante que provoque la decisión de «Quico» y sus compañeros de exiliarse en Francia y abandonar la lucha armada en 1951.

«Escribió Quico a mi madre y por eso supimos que había pasado la frontera bien. Se alegraron en todo el pueblo. (...) La figura de Quico, aquí en el Bierzo era muy valorada. La gente del pueblo lo quería mucho y querían que saliera bien». Pilar ofrece un retrato ambiguo acerca de la relación entre el pueblo y su familia, ya que, en ocasiones confiesa haber sido objeto de críticas negativas por parte de sus convecinos; pero, otras observaciones, le hacen reconocer el apoyo general que Cabañas Raras les profesó: «Cabañas

raras era un pueblo que no estaban todos con la guerrilla. Algunos lo decían por detrás pero a la cara no te decían nunca nada».

Unos años después de que «Quico» marchara a Francia, su hermana viaja a París con él y su familia: «Marchar a Francia era la gloria entera». Sus palabras y recuerdos muestran el sentimiento de apertura y libertad que produjo en Pilar el contraste entre la vida bajo el régimen de la dictadura y la vida del exilio político organizado. Porque Pilar, a pesar de que en León no estuviera organizada en el Partido, en Francia sí lo estuvo, junto a su marido. «En Francia sí que estábamos en el Partido [Comunista] mi marido y yo. Aquello eran flores, lo peor era esto. Fue muy triste para las que tuvimos que estar aquí».

En el 56 Pilar sufre la separación temporal de su marido, que marcha a Brasil por motivos económicos, en busca de un trabajo mejor. En ese momento, vuelve a Cabañas Raras acompañada de su madre, Obdulía, que había viajado, a su vez, a París para reencontrarse con su hijo «Quico». En el viaje de regreso a España, tanto Pilar como su madre, comprometieron su seguridad con el objetivo de entregar propaganda del PCE a otros camaradas comunistas que lo distribuirían por España: «En el 56 en que marchó mi marido a Brasil, me llenaron la maleta por el doble fondo y me decían que no la rompiera hasta llegar a casa. La llevé a Ponferrada a una persona que repartía el periódico del PCE. Íbamos como van aquí las de Jehová por eso yo no las desprecio cuando vienen por casa y les digo que: «eso también lo he pasado dando propaganda».

El comparar su arriesgada acción política con la liviana imagen de la acción de proselitismo espiritual de los testigos de Jehová, refleja la naturalidad e infravaloración que de su compromiso vital, suelen realizar, en mayor parte, las mujeres resistentes<sup>4</sup>.

Cuando reflexiona acerca de su vida, Pilar, no duda en afirmar con contundencia: «Yo estoy orgullosa de ser así. Leo todos libros de política. Tengo todos los que salieron de aquí de la República. A

mi me gusta leer de política». Sobre el libro autobiográfico de su hermano «Quico» expresa: «El libro de mi hermano me supone la verdad y aún quedó algo. Él habla de él, de la familia y del pueblo. A toda la gente le gustó mucho».

Sobre la legislación en materia de memoria histórica, Pilar sentencia: «A mí esa ley no me ha servido de nada».

## Notas

---

- 1a. VÁZQUEZ MONTALBAN, Manuel (2002) *Nosotros los comunistas* en NUÑEZ, Miguel *La revolución y el deseo. Memorias*, Península, Barcelona, pp.9-10.
2. MARTÍNEZ LÓPEZ, Francisco (2002): *Guerrillero contra Franco. La guerrilla antifranquista de León (1936-1951)* Breviarios de la calle del Pez, León. p.32.
3. MARTÍNEZ LÓPEZ, Francisco (2002): *Guerrillero contra Franco. La guerrilla antifranquista de León (1936-1951)* Breviarios de la calle del Pez, León. pp.50,51.
4. Esta actitud es constatada por Odette Martínez en relación al testimonio de Ángela Losada realizado en 1999: «A Ángela, le cuesta valorar como acciones resistentes sus gestos de apoyo: «No, yo no tenía acciones resistentes» dice ella; pero a continuación nos cuenta como cumplía tareas muy peligrosas de abastecimiento para la guerrilla». *Testimonios orales sobre las guerrillas antifranquistas de León (1947-1951)* en ARÓSTEGUI, J y MARCO, J (2008) *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Catarata, Madrid, p.318.

# ODETTE MARTÍNEZ MALER

Odette Martínez, nacida en Francia en el seno de una familia de exiliados políticos antifranquistas, recibe su nombre en homenaje a una de las pocas personas que ayudaron a la liberación de su padre, Francisco Martínez «Quico», cuando en 1951 éste consigue abandonar la Legión francesa sin que le acusen de desertor, tras haber pasado la frontera al desintegrarse el movimiento guerrillero antifranquista de la España de la dictadura<sup>2</sup>. Odette trabaja actualmente en una biblioteca de París (BDIC<sup>3</sup>) donde desempeña una labor dedicada a la recuperación de memoria, después de abandonar su puesto de profesora de literatura francesa. Un cambio profesional y vital propiciado, precisamente, por el contacto directo con la historia del antifranquismo como hija de exiliados políticos españoles.

Su padre, «Quico», guerrillero de la Federación León Galicia, pasa en los años 50 a Francia, huyendo de la pena de muerte. Viene de una familia implicada en la resistencia antifranquista en Cabañas Raras (León). Estuvo en el monte entre los años 47 y 51, momento en que cruza la frontera. Su historia marcará su vida y la de su familia, aunque las circunstancias de ocultamiento y clandestinidad obligarán a que su relato no se transmita a sus hijas cuando estas aún son niñas. Es lo que la misma Odette denomina con voz experta: «una construcción de silencio».

«He crecido en un país doble: Francia, y la cultura francesa; y ese país clandestino [España] que es presente-ausente. Y la construcción de este silencio ha tenido una gran importancia en mi vida, pues era como andar en un bosque misterioso...». La vida del

exilio y la clandestinidad, es una vida en la que no existe espacio privado, ni público que dé cabida al relato de esta historia: «No comprendes nada, pero hay algo que te da miedo, que te esconden, y que no puedes racionalizar siendo niña». Su casa era parada natural de los compañeros de guerrilla de su padre, un centro neurálgico de reunión y cobijo de exiliados. De su infancia, por ejemplo, recuerda: «Venía a ver a mi padre uno de los guerrilleros que estuvo con él, que era como un hermano: Manuel Zapico<sup>4</sup>. Y recuerdo que cuando venía Manuel se entraba en una zona misteriosa, pues cambiaban hasta las voces; pero sentía que había un mundo implícito que estaba hiperpresente, con intensidad». Sin embargo, para Odette, la incompreensión de esa situación, la convertía, también, en una exiliada inconsciente de ese «país imaginario: el originario de mis padres».

En un momento determinado, Odette, incluso, viaja a España de pequeña con su madre al pueblo donde viven sus abuelos y sus tíos, Cabañas Raras (León): «Cuando voy, la guardia civil les interroga. Y esa tensión la siento, así como recojo palabras al vuelo como «armas», «tortura», «muerte»... (...)no hay explicación. Percibo el miedo».

Sin embargo, las vivencias de Odette se diferencian de las vividas por Fernanda Cedrón y Julia Losada. Ya que ella pronto empezó a conocer y comprender su historia familiar. Odette crece en el universo complejo del exilio exterior, mientras que Fernanda y Julia, pertenecen a la generación del exilio interior, la que, a su pesar, creció en la España de la dictadura franquista con la carga de la represión y miedo a sus espaldas.

Al pasar los años, Odette, en sus deseos de afirmación individual, hace el esfuerzo de «integrarse» en la cultura del país donde nació y creció, Francia: «Me alejé mucho de ese país (...) de mis padres, porque caí enamorada de la lengua y de la cultura francesa. Pero yo he sentido la herida de mi padre de ser un exiliado, de pertenecer a esa memoria silenciada».

En ese momento, se identifica con la cultura francesa de su presente, debido a una necesidad vital de independencia y creación de

una identidad propia, ajena a la de la vida clandestina, convirtiéndose en filóloga francesa y, más tarde, en profesora. No será hasta que se convierte en madre «cuando me vuelve la lengua española». A su hija, la llama: Isabel. Su necesidad de memoria, nace con ella: «Y pienso cuál es la historia de Isabel, y uno de los mechones de la trenza de su historia, es ésta»: la de «Quico».

Es un momento determinado de la vida de Odette en que cuestiones personales y políticas la conducen en una misma dirección: la de la reivindicación de la memoria de resistencia antifranquista.

La llegada de la democracia a España, no había traído consigo la condena del franquismo y la dignificación lógica de los combatientes de la resistencia democrática; algo que sí ocurrió en la historia francesa: «Era un escándalo que estas personas siguiesen criminalizadas». «[Entonces] me pidieron que escribiese un relato autobiográfico sobre mi país imaginario, que formaría parte de un libro en el que participarían otros hijos de exiliados: chilenos, españoles... Abrí la caja de Pandora. Entonces fue cuando leí por segunda, pero en realidad, primera vez, el relato autobiográfico que mi padre había escrito a petición de un historiador: fue un golpe en el estómago». Odette se refiere al libro de memorias en el que «Quico» relata su vida como combatiente antifranquista: «Guerrillero contra Franco». En ese momento de «toma de conciencia» y madurez, es cuando su hija, Odette, está preparada para asumir la dimensión real del relato de su padre.

Así, lo que Odette autodenomina como «giro de conciencia» lo emprende a los 42 años de edad. «Entonces tuve muy claro que debía trabajar para lograr espacios de visibilidad y de expresión para esas voces que seguían silenciadas y prohibidas. Es entonces cuando acompañé a mi padre a recorrer aquellos lugares del pasado y a recoger testimonios orales de esa memoria de enlaces y combatientes de la resistencia armada».

De la mano de «Quico» pronto fue consciente de la importancia de la mujer en el mantenimiento y supervivencia de la red de guerrillas, sobre todo, desde su función como puntos de apoyo y

enlaces. Y se encontró recogiendo el hilo de voz de «las invisibles de los invisibles». «E intenté dignificarlas, porque estaban doblemente estigmatizadas, tanto como guerrilleras, «bandoleras», y como putas de los guerrilleros<sup>5</sup>».

Ese trabajo que Odette comienza a finales de los años noventa, alcanza su máximo punto de expresión en la elaboración del documental: «La isla de Chelo<sup>6</sup>», que narra la vida de una guerrillera antifranquista<sup>7</sup> que «reivindica su vinculación política e íntima, no desde los discursos políticos contruidos, sino desde su condición propiamente de mujer: con carne y emoción». «Chelo da testimonio desde lo más íntimo y para todas las que ya no pueden hablar de su compromiso guerrillero mezclado a la entrega amorosa. Su relato muestra magistralmente lo que es la responsabilidad del testigo, su misión de dar vida a las compañeras que fueron víctimas de la represión sin jamás ser reconocidas como combatientes: como ejemplo, una amiga de Chelo, Carmen de Fervenza, violada por la Brigadilla y asesinada<sup>9</sup>».

El «giro de conciencia» de Odette que la conduce a la investigación y reivindicación de la memoria antifranquista desde una perspectiva de género se produce a principios de los años noventa y surge de la vivencia de un momento concreto: «El relato estructurado [por parte de mi padre] comienza muy tarde: en el 92 ó 94. Andaba por un parque con [él], y esa historia que ha silenciado estalla: me habla con dolor y emoción, de Girón. Yo ya soy una mujer. Y en ese momento hay una persona que me dirige un mensaje: él me elige a mí como destinataria de su relato. Aunque ya había escrito su libro y me lo había dado. Pero eso era un documento. Ahora me ha convocado como hija, como depositaria de esa herencia; antes no había querido implicarme en su vida de la guerrilla, aunque siempre viví implicada en la de la política, pero la historia de la guerrilla, no. Incluso la silenciaba en su propio partido. Pero en ese momento, en ese parque, se descubre. Y veo claramente, en este hombre que es mi padre, al joven resistente que entra en la guerrilla. Y se materializa en el recuerdo de Girón. Fue un shock. (...) Recuerdo el dolor de mi padre, que ya con 70 años, hace reso-

nar la voz del joven guerrillero que acaba de perder a su amigo. Es como si el peso de ese duelo que nunca había hecho, yo lo recibía en ese momento. Nunca había podido decir en ninguna parte lo que había significado perder a este compañero».

A partir de la evocación de «Quico» del recuerdo de la muerte de Manuel Girón Bazán<sup>8</sup>, Odette, su hija, comprende la densidad global de lo que su padre, el guerrillero antifranquista, representa. Hasta entonces, el compromiso político había hecho enmudecer el discurso humano y personal de «Quico»: «Tú no puedes oír si el otro no se arriesga a una palabra personal». El riesgo a la desnudez pública e íntima del mensaje, al que alude Odette durante nuestra entrevista, es el mismo al que se refiere cuando define el testimonio de Chelo: «Cuando Chelo en el 2005 reivindica la parte amorosa de su compromiso, se arriesga personalmente. Si ella presenta su entrada en la guerrilla como una elección, es porque su elección es la de seguir al hombre que ama en la clandestinidad, Arcadio Ríos. Una apuesta de libertad que cumple una doble ruptura ya que es indisolublemente un acto de amor y un acto de resistencia (...); Chelo nos recuerda que el hecho de seguir a su amante en la guerrilla era un acto de insumisión, castigado como acto político por las fuerzas de represión»<sup>10</sup>.

Odette necesitaba de ese relato personal para llegar a la relevancia del relato colectivo: «Para mí me parece, desde ese momento, insoportable que vivan en la ignominia». A partir de esa revelación, Odette Martínez Maler se convierte en parte activa de esa transmisión de la memoria: «Era un desorden en el mundo. Yo había recibido la herida de mi padre y necesitaba participar en su reparación, que es una reparación íntima y política, colectiva. Es una necesidad. Era ya mi columna vertebral. Mucho más fuerte que lo que había construido en mi cultura francesa. Era mi necesidad vital de darles el lugar que les corresponde». Así, Odette, haciendo honor a la mujer que le dio nombre, ayuda a su padre en un nuevo proceso de liberación personal.

Para participar de esa reparación política, social y moral, Odette se vale del análisis y transmisión de lo que, como filóloga,

mejor conoce: la palabra. Se vale de ella como herramienta para abrir nuevos espacios de expresión para esas voces. Y comienza su labor recogiendo testimonios orales: «La necesidad de recogerlos viene dada porque la mayor parte de ellos no posee la escritura para dejarse oír». A partir de ellos, a través de su mirada realiza un proceso de reflexión, interpretación y lectura: «El proceso de lectura de estas huellas, es un proceso abierto que no se tiene que cerrar. Si se quiere cerrar, uno puede pensar que puede tener la verdad de la historia (...), cuando el pasado es un *chantier* que queda abierto a nuevas miradas».

En el camino de este giro personal y político, Odette, asume el compromiso de ayudar a su padre en la plasmación pública de su manuscrito autobiográfico: *Guerrillero contra Franco*<sup>11</sup>. Para ella significó dar la posibilidad a su padre de convertir en una realidad material su necesidad vital de reivindicación colectiva a través de su relato personal. Significó dotar a su padre de la existencia pública que la democracia y las instituciones le negaban: «Sostener su deseo de transmisión y ser su lectora, su destinataria y hacer lo necesario para ayudarle a nivel editorial. Sostener esa aventura y compartirla con él».

Odette extrae nuevas conclusiones y lecturas de las vivencias de su padre. Reflexiona acerca de cómo esa vida de resistencia y clandestinidad llevó a los guerrilleros a experimentar relaciones personales muy distintas a las que se pueden experimentar en una vida corriente: «La gran capacidad para dar: inventaban posibilidades de humanidad. (...) [Vivían en una realidad de] concepción democrática directa que se inventa las formas de intervención».

Para Odette, hay una continuidad entre la figura de su padre en la lucha de la guerrilla y luego su vida en el exilio: «Él no ha vivido en la mitificación de la lucha armada sino que ha convertido ese compromiso en acto político».

«Obstinación» es el concepto con el que Odette define a su padre: «Es la obstinación de esta esperanza (...) Hay fragmentos del pasado que quedan como los negativos no revelados de las fotografías que se guardan en un cajón, y llega alguien a revelar estos

documentos del pasado». Cuando mira a su padre ve al hombre que «está en ese trabajo de lectura, abriendo las cajas que estaban cerradas. Está en un trabajo abierto de memoria [a] que va incorporando las miradas del presente».

## Notas

---

- 1b. MARTÍNEZ LÓPEZ, Francisco (2002): *Guerrillero contra Franco. La guerrilla antifranquista de León (1936-1951)* Breviarios de la calle del Pez, León. p.26.
2. «Quico», una vez que consiguió cruzar la frontera francesa, fue perseguido por el gobierno francés para que engrosara el cuerpo de la Legión francesa y participase en la guerra en las colonias indochinas. Los españoles refugiados se convirtieron contra su voluntad en candidatos perfectos. Por negarse a luchar en una guerra imperialista, en coherencia con el compromiso político de su lucha antifascista, pasó tres meses en la cárcel, hasta que un movimiento de solidaridad del pueblo francés logró presionar al Gobierno para que soltase a los refugiados. (ORTIZ, Antonio (2010): *Los árboles de la memoria*. PCE, Secretaría de Memoria Histórica. Inédito.) En su autobiografía, «Quico», nombra a quienes integraron este comité de apoyo: «Amadeo Vallador, Odette y José Ester, madame Gempling y sus amigos han sido nuestros únicos apoyos para obtener nuestra liberación. Ningún partido español en el exilio intercedió en nuestro favor». *Guerrillero contra Franco. La guerrilla antifranquista de León (1936-1951)* Breviarios de la calle del Pez, León. p.174.
3. Odette Martínez es miembro del equipo de investigación de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine. En los últimos años se ha especializado en el estudio de la memoria de la guerrilla y el papel de las mujeres en el universo de la resistencia.

4. **ZAPICO TERENCE, Manuel «Asturiano».** Nacido en Langreo (Asturias) en enero de 1926, de filiación comunista. Su padre, cenetista, se unió a la Resistencia Francesa desapareciendo en 1942 tras caer en manos de la Gestapo. A los siete años trabajaba en el campo y a los 15, en la mina, en Salma de Langreo. Empezó a colaborar con guerrilleros a los once años, llevándoles al monte tabaco, periódicos, etc. En 1946, con 20 años, Zapico decide unirse a la Federación de Guerrillas de Galicia y León. El objetivo, resume, era claro: «*Crear un movimiento guerrillero suficientemente fuerte, que obligase a formar parte a las potencias occidentales en el asunto español*». Tras la salida de los socialistas asturianos y leoneses, en 1948, se incorpora junto a Manuel Girón, a la II Agrupación (Ourense) del Ejército Guerrillero de Galicia, manteniéndose en los montes de Casayo, en la Cabrera leonesa. Tras el asesinato de Manuel Girón en mayo de 1951, sus últimos compañeros —Francisco Martínez «Quico», Pedro Juan «Jalisco», Manuel Zapico «Asturiano» y Silverio Yebra «Atravesao»— abandonaron la zona de La Cabrera, alcanzando la frontera francesa en septiembre del mismo año. A Manuel lo deportaron a España para entregarlo a Franco, pero consiguió huir arrojándose de un tren en marcha. Murió el 28 de agosto de 2004 en París.
5. «En el discurso de la época, las mujeres que ayudaban a los guerrilleros o que se echaban al monte no eran designadas como resistentes sino como «putas». Su delito era entonces sexuado y doblemente político frente a una sociedad que hizo de la Iglesia católica un pilar de retorno al orden, asignando a las mujeres su papel tradicional». MARTÍNEZ, Odette (2008) *Los testimonios de las mujeres de la guerrilla antifranquista de León-Galicia* en ARÓSTEGUI, J. y MARCO, J(Coords.): *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Catarata, Madrid, p.325.
6. Autora y realizadora de «*La Isla de Chelo*» correalizadores: Ismael Cob y Laetitia Puertas. Play film, 2008.
7. **RODRÍGUEZ LÓPEZ, Consuelo «Chelo».** Natural de Soulecín, Ourense. Tres de sus hermanos —Rogelio, Sebastián y Domingo— huyeron al monte durante la guerra, uniéndose al grupo guerrillero de Manuel Álvarez «Bailarín». A raíz de ello, los falangistas de Soulecín, empezaron a hacer la vida imposible a la familia, motivando que otro hermano, Alfonso, tuviera que huir al monte. En 1939, los falangistas asesinaron a sus padres, dejando huérfanos a Antonia y Consuelo. Los hermanos bajaron del monte y se las llevaron consigo. Los hermanos varones murieron en la guerrilla, así como el compañero de Chelo, el asturiano Arcadio Ríos Rodríguez. Miembro de la Federación de Guerrillas de León-Galicia. En 1949, Consuelo logró salir a Francia, desde Madrid ayudada de enlaces» ORTIZ, Antonio (2010): *Listado de guerrilleras*. Inédito.
8. **GIRÓN BAZÁN, Manuel «Girón».** Nacido en Salas de los Barrios (León) en 1910. Jornalero. El 20 de julio de 1936 se marchó al monte en compañía de su hermano José. Su primer refugio fue la comarca de la Cabrera. En agosto de 1937 se desplazó, junto a él y varios hombres más, al frente de Asturias, dedicándose a realizar

acciones especiales en la retaguardia de las líneas franquistas. Tras la derrota del Frente Norte, Girón regresó al Bierzo para seguir organizando grupos de guerrillas, compartiendo esta tarea con grupos asturianos que tenían experiencia política y militar. Se instala en un lugar conocido como «La ciudad de la selva» en Casayo. El 27 de julio de 1940 intentó salir por Portugal, regresando a Casayo antes de cruzar la frontera. En abril de 1942, toma parte en la asamblea fundacional de la Federación de Guerrillas de León-Galicia, celebrada en los montes de Ferradillo. Actuará sobre todo en la zona de la Cabrera y límites de Maragatería. En 1948, se incorpora con su grupo en el Ejército Guerrillero de Galicia, pasando a formar parte de II Agrupación, Ourense. La guerrilla de Girón mantuvo sus bases en La Cabrera, recibiendo las directrices políticas de Evaristo González «Rocsvinto» y Guillermo Morán, situados con sus hombres en Ourense. El 2 de mayo de 1951, aprovechando que se encontraba únicamente en compañía de Alida González, fue asesinado por un infiltrado a sueldo de la Guardia Civil, en las proximidades de Molinaseca (León). ORTIZ, Antonio (2010): *Los árboles de la memoria*. Secretaría de Memoria Histórica, PCE. Inédito.

9. MARTÍNEZ, Odette (2008) *Los testimonios de las mujeres de la guerrilla antifranquista de León-Galicia* en ARÓSTEGUI, J. y MARCO, J.(Coords.): *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Catarata, Madrid, p. 325.
10. MARTÍNEZ, Odette (2008) *Los testimonios de las mujeres de la guerrilla antifranquista de León-Galicia* en ARÓSTEGUI, J. y MARCO, J.(Coords.): *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Catarata, Madrid, pp.324, 325.
11. MARTÍNEZ LÓPEZ, Francisco (2000): *Guerrillero contre Franco, la guérilla du León 1936-1951* Éditions Syllepse, París.  
Ibidem (2002): *Guerrillero contra Franco. La guerrilla antifranquista de León (1936-1951)* Breviarios de la calle del Pez, León.



*Porque merece la pena recuperar la memoria de la resistencia antifranquista, así como la memoria de cómo se ha transmitido esa memoria, para «que no abandonemos los valores de aquellos combates que merece la pena conservar para que podamos volver a construir entre todos un bagaje de esperanzas colectivas capaz de movilizar de nuevo a todos aquellos que, como se dijo en 1848, tienen todavía «un mundo que ganar»<sup>1</sup>.*

1. FONTANA, Josep (2010) *Los comunistas al final de la dictadura en BUENO LLUCH*, M. y GÁLVEZ BIESCA, S: *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, FIM-Atrapasueños, Madrid, p.418.





**Esperanza Martínez**



**Ángela Losada**



**Julia Losada**



**Fernanda Cedrón**



**Pilar Martínez**



**Odette Martínez**



# TESTIMONIO DE LA MEMORIA

En «Testimonio de la memoria» se exponen seis testimonios de memorias, seis historias de vida con nombre de mujer. Esperanza Martínez, Ángela Losada y Pilar Martínez narran una memoria propia como protagonistas de la resistencia antifranquista; Fernanda Cedrón, Julia Losada y Odette Martínez, sin embargo, nos relatan cómo les ha sido transmitida una memoria que, en principio, les había sido ocultada o sesgada, debiendo ser recuperada por ellas mismas, como legítimas herederas de ese pasado presente.

La foto de la portada es de Alpidia Garcia, guerrillera, sostenida por las manos de su hija, Ángela Losada, y la de la contraportada es de una casa abandonada de Sobrado (León), ambas realizadas por Esther López Barceló.

